

## **Domingo, calendas de septiembre del año del Señor 1213**

### **CAPITULO II**

#### **LA JAURIA**

##### **2.1**

Subían galopando en dirección a las ruinas, el estandarte y los gonfalones flameando al viento, los jinetes espoleando y animando a sus caballos, estos resoplando con fuerza y batiendo sus poderosas patas contra el terreno; unos y otros compitiendo en divertida carrera. Pero apenas pudieron sostener ese ritmo un momento, después, la suave pendiente y la carga de las mulas, aunque moderada, suficiente para agotarlas con rapidez, les obligó a marchar al trote y, finalmente, al paso.

Al llegar a media ladera, tomaron dirección Sur, descendiendo campo a través hasta un pequeño arroyo. Lo vadearon cómodamente y, una vez cruzado, buscaron el angosto camino que subía por la vertiente meridional del valle. Entonces comenzó el penoso ascenso necesario para coronar aquellos agrestes montes que les envolvían. Se hizo imprescindible seguir los interminables meandros gracias a los cuales el sendero iba ganando altura. Éste, tan estrecho que apenas permitía el paso cómodo de una caballería, les obligaba a marchar de uno en uno. Así que los cuarenta y ocho equinos se extendieron en una larga hilera.

Continuaba en cabeza Marie. Dada la lentitud del ascenso, dejó suelto a su pequeño perdiguero que empezó a corretear por delante, por detrás y a los lados, husmeándolo todo y dejando su olorosa marca en cada arbusto del camino, entorpeciendo en algún momento el pausado andar del viejo corcel de capa ya canosa que montaba la muchacha. Ésta iba pendiente de cualquier rastro que apareciera y, aunque ciertamente en algunos tramos podía ver huellas recientes de herraduras con dirección a la cima, para ella era un poco aventurado afirmar que fueran precisamente las que la tarde anterior hubiesen podido dejar los fugitivos.

De vez en cuando volvía la cabeza y observaba entusiasmada, imaginándose su capitana, al pequeño ejército que la seguía, aparentemente más numeroso dada la extensión de la columna. A pesar de ir vestida como un hombre, sin la armadura no era tan fácil que su condición femenina pasara desapercibida para alguien que se fijara un poco.

Tras ella su caballo de reserva, al que, como el resto de jinetes, mantenía sujeto por las bridas mediante una larga cuerda que le permitía, acortándola, mantenerle a su costado, o bien, si el paso era estrecho, como en esa ocasión, situarlo detrás.

En segundo lugar marchaba el Mariscal Ferdinand de Ardenay, primer caballero del Conde Flambó de Etelnon y su lugarteniente en el mando de la mesnada. Guerrero corpulento y fornido, rubio, de ojos claros y rizada barba, a sus treinta y siete años tenía a sus espaldas una dilatada experiencia bélica, fruto principalmente de su participación en la tercera Cruzada, como escudero del Conde, siendo casi un niño, y en la cuarta, muchos años después. Hechos de armas que, completados con varios viajes a lo largo y ancho de Europa, entre ellos su peregrinación a Santiago de Compostela, le habían proporcionado un gran conocimiento sobre los asuntos de la vida y del mundo, saber que no procedía de los libros, a duras penas sabía leer, ni de la enseñanza de terceros, sino de sus propias vivencias.

Escrutaba cada palmo de terreno en busca del mínimo indicio que delatara el paso de los herejes, con ojos bastante más expertos que los de “Bicho”. Huellas, piedras removidas, raíces superficiales descortezadas... nada pasaba desapercibido a su atenta mirada. Si era necesario, incluso llegaba a desmontar para comprobar por medio del tacto el frescor de los excrementos o el de la savia de las ramillas tronchadas. Para él no cabía la menor duda de que un grupo de jinetes había remontado la tarde anterior aquella cuesta. Y, además, los indicios apuntaban a que lo hicieron a un paso muy vivo, lo que echaba por tierra la hipótesis de que sus animales tenían que estar debilitados por la falta de alimentos tras el largo asedio; quizás no iba a ser tan fácil, como en un principio pensaban, el darles alcance.

No descuidaba tampoco el caballero la seguridad del grupo, observando con cautela

posibles cubiertas donde pudiesen emboscarse los enemigos. No era probable, dada la inferioridad numérica, pero tampoco se podía descartar el que éstos, dándose cuenta de su seguimiento y sintiéndose acorralados, les tendiesen alguna celada. Por ello, le parecía algo desacertada la decisión tomada por el Conde, a pesar de haberle expresado sus reservas, de que marchasen sin vestir la armadura. Probablemente su jefe había valorado más la comodidad que representaba el no llevarlas encima, evitando la molestia del peso y del calor que su uso suponía, que la remota posibilidad de que los asustados herejes se entretuvieran en preparar una trampa. Pero el argumento no acababa de convencerle, tarde o temprano tendrían que cubrirse con ellas, y la operación, en medio de una situación comprometida, no resultaba tan sencilla.

Él también se volvía a menudo con objeto de examinar uno por uno, hasta donde le alcanzaba la mirada, a los componentes de la partida, tratando de hacerse cargo a través de sus actitudes, de sus ánimos y estados físicos.

Le seguía a continuación su escudero, Phelipot, también conocido por el “Gordo” aunque no era tan obeso como su mote podía hacer pensar, que contemplaba indiferente el paisaje mientras se dedicaba en cuerpo y alma a dos de sus cinco ocupaciones favoritas, beber y comer. De rostro permanentemente colorado y ojos inflamados y amarillentos, bajo los que se dibujaban grandes ojeras, nadie en toda la mesnada, recordaba haberle visto en un momento de sobriedad, si bien es cierto que muy pocas veces borracho del todo. Unos años más joven que Ferdinand, aparentaba tener mucha más edad que él, con sus negros cabellos y recortada barba, prematuramente encanecidos.

Quien sólo le conociese superficialmente, viendo estos detalles y su rechoncha figura, que en nada recordaba la de su hercúleo jefe, se preguntaría cómo éste podía haberle elegido como escudero personal, pero es que Phelipot tenía para él algunas cualidades nada desdeñables. Para empezar era un hombre de gran experiencia y de una lealtad incuestionable, que además poseía la virtud de anticiparse a las disposiciones del caballero como si le leyera el pensamiento. También tenían fama los temibles mandobles de la larga espada que agitaba con sus fuertes brazos. Pero, sobre todo, eran su carácter y sus “habilidades” sociales las cualidades más apreciadas por Ferdinand. Siempre de buen humor, fuente inagotable de anécdotas y chistes, compartía con él algunas de sus aficiones: la bebida, aunque el caballero era bastante más moderado, el juego y las mujeres, lo que convertía a ambos en excelentes compañeros de juerga. Sólo queda mencionar la quinta tarea preferida del escudero: dormir; cuando no estaba haciendo alguna de las otras dedicaciones, estaba durmiendo.

Phelipot no se contentaba en llevar una bota de vino colgada en bandolera, como hacían otros, sino que llevaba tres de buen tamaño. Huelga decir que sus alforjas repletas portaban toda clase de viandas.

Tras él marchaba Rimont, el escudero de Marie, un muchacho joven, alto y de fuerte complexión; rubio, bien rasurada la barba y también el cogote, pero con un crecido tupé, pues gustaba llevar el pelo, y poco le importaba que no estuviese de moda, cortado a “tazón”. Huérfano de uno de los mejores caballeros de la Casa de Flambó, a pesar de su juventud y escasa experiencia, tenía la firme promesa del Conde de ser armado caballero en cuanto cumpliera los veinte años. Y ello, no sólo por ser hijo de quien era, sino por sus probadas virtudes, tanto militares como morales. Efectivamente, en el año y pico que llevaba participando en la contienda, desde que se incorporara a la mesnada al mismo tiempo que los tres jóvenes Flambó, había destacado en cuantas acciones participara, amén de por su valentía, por su acérrimo compañerismo y su caridad con el enemigo vencido.

Íntimo amigo de Marie, compartía con la joven su entusiasmo religioso, aunque, al igual que ella, prefería no plantearse ciertos aspectos, de dudosa piedad cristiana, concernientes a aquella Cruzada. Su afición preferida eran los juegos malabares y los trucos de magia, siendo tan hábil en ellos que solía dejar boquiabiertos a sus compañeros de armas, por ello algunos le llamaban “Manosrápidas”.

En la Casa de Flambó el escudero era algo más que un simple auxiliar del caballero. Podría considerarse mejor como una especie de caballero de segunda clase, una de cuyas misiones consistía en apoyar al guerrero de rango superior del cual dependiese. Al igual que éste, se trataba de un guerrero profesional a sueldo, aunque por supuesto con una remuneración

inferior. Por ello su armamento, armadura y caballo solían ser de peor calidad, puesto que la compra y mantenimiento del equipo corría de su peculio particular. Bien es cierto que, como combatían generalmente a retaguardia de los caballeros, tampoco tenían las mismas necesidades de protección.

La calidad de escudero era teóricamente provisional, como un escalón anterior a ser investido caballero. El primer requisito para que ocurriese este nombramiento era que se produjese una “vacante” entre los guerreros de primera clase, ya que el número de estos, al igual que el de escuderos, estaba limitado por la cantidad máxima de salarios que podía permitirse costear el Conde. El total de unos y otros que formaban en la mesnada era variable, pero oscilaba entre veinticinco o treinta caballeros y aproximadamente doble número de escuderos.

Una vez producida la vacante, generalmente por baja del titular, se elegía al escudero que por turno le correspondiese, dependiendo éste en gran medida del tiempo de servicio, pero por encima de eso, del prestigio adquirido por el candidato en los hechos de armas en los que hubiese estado implicado. Solía suceder que un hijo ocupase la vacante dejada por su padre muerto en combate, o retirado a causa de heridas o por vejez.

No era infrecuente que algún escudero no tuviera mucho interés en el ascenso, pues si bien se ganaban algunos derechos, también se adquirían nuevas obligaciones, y el aumento de salario muchas veces no les compensaba, considerando que también aumentaban los gastos: adquisición de mejores equipos, y el desembolso adicional que suponía el cambio de estamento.

Sirva lo dicho para comprender los casos extremos de los escuderos Phelipot y Rimont. El primero, un hombre ya maduro y muy experimentado, seguía siendo escudero, mientras que el segundo, un mozalbete con apenas experiencia, estaba a punto de ser nombrado caballero.

Hay que entender que éste era el sistema particular de la mesnada de los Flambó y no tenía porque coincidir con el del resto de los clanes francos. Pero en lo que todos ellos se parecían era en la enorme cohesión del grupo. Todos sus componentes, unidos por intensos lazos familiares o vasalláticos, constituían en realidad una gran familia, y esto no sólo en el caso de caballeros, escuderos y otros profesionales de las armas, sino también en el de los peones, campesinos que hacían un servicio temporal obligatorio pero que se les consideraba igualmente parte integrante de la estirpe del Conde.

Rimont, que avanzaba ensimismado recordando a sus seres queridos, en especial a su prometida Anne, a la que no veía desde el invierno pasado, llevaba detrás, como los otros, su caballo de reserva, y además una reata de tres acémilas, pues estos animales de carga, para mejor articulación del “escuadrón”, se habían distribuido en cuatro grupos.

Unas horas después de la partida se encontraban aún a mitad de la ascensión, apenas habían realizado una breve parada a fin de cambiar de montura y que pudieran evacuar aquellos que lo necesitaran.

El paisaje que observaban a su alrededor era de una gran desolación. Abajo las ruinas del poblado y castillo de Almir, de donde aún surgían algunas columnas de humo, mientras una sombría nube de buitres revoloteaba en torno a ellas.

En la escarpada ladera por la que avanzaban, el frondoso bosque de robles y castaños que hasta hace muy poco se asentaba en aquella umbría, estaba totalmente arrasado. Tales habían sido las necesidades de madera, primero de los defensores del castro antes de ser sitiados, para proveerse de leña y para la construcción de matacanes en las murallas, y posteriormente de los asaltantes, para la fabricación de máquinas de guerra, puentes, empalizadas y, sobre todo, el combustible necesario para cubrir durante dos meses las necesidades de la hueste de cruzados. No habían acabado con todos los árboles, pero lo peor consistía en que los arrastraderos por donde bajaban los troncos habían destrozado el suelo por doquier, acabando con gran parte de la cubierta vegetal.

Ni que decir tiene que el único animal que se dejaba ver en abundancia eran las aves carroñeras. La cacería exhaustiva llevada a cabo por el mismo motivo, alimentar a tanta gente reunida, había alejado de la escena, en varias leguas a la redonda, a cualquier especie digna de servir de alimento.

Al doblar un recodo pudieron ver, sentado sobre un peñasco, a fray Adrien de Quercy,

el monje templario cuñado del Conde Gerrart “le Flambó”. Se puso en pie al verlos y descendió hasta el camino para encontrarse con sus parientes. La columna aún tardó un rato en llegar hasta él.

Se trataba de un hombre muy alto y extremadamente delgado. Estaba prácticamente en los huesos, y sin embargo todo el mundo comentaba la descomunal fuerza que eran capaces de desarrollar sus invisibles músculos. Bastante moreno de por sí, su prolongada estancia en Tierra Santa y en Hispania le había tostado tanto la piel que se le podía confundir con un sarraceno. A ello ayudaba la espesa y negra pelambreira que cubría buena parte de su cuerpo, poblada y larga barba, espesas cejas, cabello abundante, aunque recortado y con la coronilla tonsurada, propio esto de su condición de clérigo. Nariz algo aguileña y ojos castaños, hundidos y de mirada en ocasiones extraviada y en otras profunda y candorosa.

Quien le conocía sabía que tenía una personalidad un tanto extraña, más rara de lo que de por sí era natural en un caballero de la Orden del Templo de Salomón. No hablaba apenas, comía y bebía menos aún, dormía lo imprescindible, pasaba el día rezando, ejercitándose o cuidando de sus armas y de sus caballos. Sus allegados le consideraban un auténtico asceta. Tenía entonces treinta y seis años, es decir, prácticamente la misma edad que el caballero nombrado jefe de la partida.

Es sabido que la Orden del Temple no participó salvo contadas excepciones en la Cruzada contra los cátaros, pues su Regla le impedía la lucha con otros cristianos. Una de estas excepciones fue precisamente la preceptura donde servía Adrien tras su reciente regreso de Hispania, tal vez debido al hecho de estar situada en el mismo territorio donde se organizó básicamente el ejército papal, la Isla de Francia.

Adrien, que vestía la inconfundible túnica blanca con la cruz roja, aún sobre la cota de malla, tenía aquella mañana el demacrado aspecto de un hombre que no ha dormido en toda la noche y lleva más de un día sin comer, en su rostro se reflejaba el cansancio. Y sin embargo sonreía, cosa rara en él, mientras mostraba a sus compañeros una pieza de tela blanca que sostenía y agitaba con uno de sus brazos extendido hacia el cielo.

Cuando Marie se situó a su altura, su tío Adrien le alargó lo que resultaba ser un simple pañuelo. La muchacha lo inspeccionó y lo acercó a su nariz.

- ¡Hummm! Huele muy bien, lleva uno de esos caros perfumes que traen de Oriente, ¿no?

- ¡LO TENEMOS!- gritó el templario para que se enteraran los que iban llegando.

- ¿Qué tenemos?- preguntó Ferdinand de Ardenay- ¡Es sólo un pañuelo perfumado!

- ¡Hay más!- le respondió Adrien, y luego volvió a alzar la voz- ¡CABALLERO BERNARD!, ¿CÓMO SE LLAMA LA MUJER DEL CONDE?

- ¡Geneviève!- contestó el aludido.

- ¡Adivinad que letra está bordada en el pañuelo!

- ¡No digáis!- exclamó Marie mientras se afanaba en su búsqueda- ¡LA G!

- ¡Correcto!- sentenció su tío.

- Entiendo lo que queréis demostrar, pero no me parece una prueba irrefutable- argumentó Ferdinand- el pañuelo puede ser de otra persona cuyo nombre empiece por igual letra o haberlo llevado consigo cualquier criado.

- ¿Por qué no “Ferdí”? Pañuelo, Condesa, Conde, Reliquia, tesoro... - relacionó con voz emocionada Marie-“Bicho”.

- ¡La Sagrada Reliquia...!- subrayó el templario.

- ¡Bueno, ya se verá! No tenemos tiempo que perder- les recordó Ferdinand- Fray Adrien, tenéis vuestros caballos al final de la columna. ¿Necesitáis que aguardemos un momento para quitaros vuestra loriga?

- ¡No!, no es necesario, esperaré al primer alto que tengáis pensado hacer.

- Pararemos a comer y descansar sobre el mediodía, cuando hayamos coronado estas cimas.

Dicho esto, Marie y el Mariscal Ferdinand espolearon sus monturas y el escuadrón se puso de nuevo en movimiento.

El orden seguía siendo el mismo de antes, con la novedad del monje templario, que se

situó en última posición. De modo que a la zaga del primer conjunto de mulas controlado por Rimont, seguía ubicado el hidalgo Bernard de Fanjeaux.

El polémico caballero hermanastro del Conde de Almir, con sus cuarenta y ocho años a la espalda, era el segundo más viejo del grupo. Lo que le restaba de sus cabellos, otrora rubios y ahora cenicientos, lo lucía muy arregladamente, con una media melena rizada con tenacillas, según se estilaba en ese momento. Llevaba afeitada la barba pero lucía un estrecho y recortado bigote del mismo color que el cabello. Físicamente de buena percha y bien parecido, sin embargo el continuo gesto de altivez que portaba su rostro le daba un aire un tanto repelente.

Rodeado por un aura de arrogancia y vanidad, trataba de mostrar ante los demás toda una serie de virtudes que en el fondo no poseía. Así quería aparentar distinción, valor, seguridad, beatitud... y para ello adoptaba toda una serie de poses, tanto posturales como verbales, bien interpretadas pero totalmente vacías de contenido. Por que la verdadera naturaleza de Bernard era la de una persona insegura, pero tremendamente práctica e interesada, que buscaba cualquier ocasión que le brindara la vida para sacar algún provecho en beneficio propio o de la única persona que podía llegar a importarle, su esposa- no tenían hijos-y todos los demás sólo representaban para él un estorbo.

Por ello, y por alguna otra razón, no se había equivocado de bando en esta guerra, eligió el de los vencedores. Por eso era un peor que mediocre guerrero, únicamente capaz de enfrentarse con enemigos a los que supiese con certeza absolutamente inferiores a él, estando el resultado de la liza garantizado, y si esto no fuera así, ya involucraría a otro en su lugar, ya pondría tierra de por medio.

Pero buceando en lo más profundo de su ser, aún se podría encontrar una reserva de humanidad. La misma que en ese momento, creyendo no ser observado por nadie, le hacía llorar mientras contemplaba las tristes ruinas del que en otro tiempo fuese su hogar, donde ahora yacían algunos parientes y viejos amigos, traicionados por él.

Le reconfortaba la posibilidad de que su hermanastro y su cuñada hubiesen escapado de la tragedia. Por supuesto que soñaba en darles alcance y recuperar los caudales que pensaba le pertenecían con todo derecho. Le era indiferente que el tesoro lo hubieran acumulado los herejes. Éste estaba en poder de su familia y su defensa había costado la destrucción del castillo y el arrasamiento de las tierras que él siempre considerara suyos, y que sólo un complicado juego de herencias le arrebató en su día. Pero no deseaba ningún otro mal añadido para su hermanastro y desde luego, si estaba en su mano, los dejaría escapar una vez tuviera en su poder el ansiado botín. ¿Compartir éste con aquellos estafalarios Flambó? Ya se vería... Si se presentaba la ocasión de poder engañarles, no la desaprovecharía. Desde luego las retiradas de Bernard hacia su minúsculo corazón eran bastantes fugaces.

En pos del presuntuoso Bernard, montaba su escudero, Richart. Hombre de una treintena de años, estatura media, recio y de anchas espaldas, pelirrojo, de cabello y barba muy rizados y cortos, mal encarado, su rostro y su cuerpo mostraban toda suerte de cicatrices. Potenciaba sus ya de por sí feroces facciones con las pinturas negra y roja que se aplicaba antes de entrar en combate, como se suponía iba a ser el caso. Con la primera enmarcaba sus ojos, con la segunda intensificaba sus cicatrices o fingía haber bebido sangre humana, cosa que muchos no dudaban fuese capaz de hacer. Sus nuevos compañeros no tardaron en ponerle el mote de "Oxidado", aunque pocas veces se atreverían a llamárselo estando él presente.

En realidad no era un escudero sino un sargento. Una clase de guerrero profesional al igual que caballeros y escuderos, y como también lo eran los arqueros, los ballesteros o los ingenieros- constructores de las "maquinas de guerra"- . Los que luchaban a caballo, como éste, podían también considerarse una especie de caballeros de segunda categoría, equiparándose en ese caso a los escuderos, con la salvedad de que los sargentos eran mercenarios. Esto significaba no sólo el hecho de que luchasen a cambio de percibir una soldada, circunstancia común al resto de guerreros profesionales, sino que carecían además de cualquier vinculación vasallática con el patrón al que sirviesen, siendo su relación meramente contractual y no teniendo porque tener tampoco lazos con el territorio sobre el que ejercía jurisdicción su Señor. Él en concreto era normando, y su único vínculo con el patrón actual exclusivamente mercantil.

No todos los nobles recurrían a enrolar mercenarios en sus mesnadas puesto que éstos eran excesivamente crueles y difíciles de gobernar. La misma Iglesia Católica los miraba con

desconfianza y recomendaba a los magnates cristianos prescindir de ellos. Desde luego el Conde Flambó nunca había contado con esa clase de tipos para rellenar sus escasas fuerzas, aún teniendo dinero suficiente para hacerlo.

El sargento Richart era un hombre brutal y sanguinario. Muy experto en la lucha, conocía toda clase de malas artes y sucios trucos para vencer con engaños a cualquier incauto enemigo. Llamaba la atención la segunda espada que colgaba de su arzón, de hoja curva y de un solo filo, semejante a un alfanje musulmán. Y más aún que la pintura de su rostro, el conjunto de calaveras que pendían de las guarniciones de su montura, todas de infieles muertos por él, según relataba, aunque el ocurrente “Gordo” no tardó en confesar en privado a sus camaradas la sospecha de que las había obtenido profanando alguna necrópolis.

Para entender su truculenta forma de ser, uno debía remontarse a los tiempos en que, siendo apenas una criatura, fuera capturado por los mismos asesinos de sus padres, unos mercenarios desocupados que entraron a saquear su granja, criándose entre aquellos crueles facinerosos, que le consideraban más una mascota que otra cosa. No conoció el cariño, sólo la maldad y la violencia, siendo las únicas mujeres que se cruzaron en su vida prostitutas y, más generalmente, las desdichadas que violó e incluso asesinó en los vandálicos asaltos en los que participara.

Su aspecto fiero, que podría recordar, con la salvedad de sus recortados cabellos, al de los viquingos de la Edad Oscura, no encajaba muy bien con las apariencias de la mayoría de los componentes de aquella patrulla. Pero no estaba el suyo fuera de contexto, en realidad los que daban la nota eran los delicados Flambó y algunos de sus adláteres.

Con este panorama, no es de extrañar que el sargento creyese estar sufriendo alguna alucinación al observar a sus nuevos compañeros de algarada. No podía dar crédito a sus ojos ante las evidencias de que aquello que cabalgaba en cabeza pudiese tratarse de una mujer. Le chocaba sobremedida el afeminamiento de otro de los caballeros, no era normal. ¿Y la escualidez del escudero que le precedía?, daba la impresión de poder ser abatido de un soplo. También le llamaba la atención que aquel anciano guerrero aún pudiese sostenerse sobre su montura. ¿Y que pensar del conjunto de personajes pintorescos que acompañaban a los guerreros? ¿Qué pintaban allí el cura, la gorda, el mocoso del paje o los otros tres civiles? Realmente su jefe no le había advertido de nada. Confiaba en que los fugitivos fueran pocos, pues dudaba mucho de la capacidad de aquellos finolis para combatir con algo que no fuera una flauta o una pluma. Bien mirado, aquella gente, exceptuando unos pocos, se parecía más a los educados caballeros del Languedoc, protectores de trovadores y herejes, que a los rudos guerreros francos que formaban la hueste del Señor de Montfort.

Detrás de Richart estaba el “famélico” escudero de Pierrot, Aubert, alias “Afilao”. Era exagerado decir que este joven de la misma edad que el caballero del que dependía, veinte años, fuera un alfeñique, lo que ocurría es que, tal como les pasaba a otros, su físico no se correspondía con el modelo ideal que se debía esperar del hombre dedicado a las armas, pues más bien tenía pinta de monje o de escribano.

Pero, más preocupante que su constitución era su carácter. Por mucho que su padre, otro viejo caballero de la Casa Flambó ya retirado, se empeñara en que Aubert debía dedicarse a la profesión castrense, éste no reunía las cualidades necesarias ni tenía una mínima vocación. Como pasaba con su buen amigo Pierrot, o con Paul, sus ideales y aficiones iban por otro camino. Gustaba de la lectura, el estudio y la observación de los fenómenos naturales. Le agradaba mucho la filosofía, en lo que coincidía con el sobrino del Conde, manteniendo ambos apasionantes controversias. Además a los dos jóvenes les encantaba el juego del ajedrez, al cual dedicaban largas veladas en la corte de los Flambó.

El escudero, hombre enjuto, moreno, poco agraciado a causa de sus prominentes nariz y barbilla, lucía larga cabellera, quizás a imitación de su camarada, y bigote y perilla lacios y poco poblados. En aquel momento se dedicaba a examinar el entorno, buscando con curiosidad las diversas especies vegetales y animales, éstas últimas bastante escasas.

Aubert también se había hecho cargo de otro de los tríos de mulas, y detrás de éstas cabalgaba la dama de compañía de Marie, Madelaine. Hembra corpulenta, alta y gruesa, de cabellos rubios, cara redonda y enormes pechos, que contaba con alrededor de treinta años. Se trataba de una mujer fuerte y resistente, un poco hombruna y excelente amazona, cuya relación

con la muchacha no superaba el aspecto meramente laboral, y eso a pesar de la constante compañía, si exceptuamos lógicamente los momentos de lucha armada, que venía proporcionándole desde hacía más de un año. Y es que a “Bicho” no le gustaba en absoluto la persistente fiscalización que la dama ejercía sobre ella con el vano intento, misión encomendada por la madre, de devolverla al redil que le correspondía.

La Condesa, una vez encontrada a la persona adecuada, con previa búsqueda muy laboriosa entre su personal de servicio, puso por condición ineludible para dejar partir a Marie, el acompañamiento de aquella azafata-cancerbero, especialmente dotada, tanto de resistencia física como del carácter necesario, para la misión. Y, por si fuera poco, antes de la partida la interesada tuvo buen cuidado de “invertir” a Madelaine de la requerida autoridad ante su hija.

Pero Madelaine no se encontraba bien. Su pundonor le había impedido comunicar al Conde que su estado de salud no le permitía participar en esta misión. Desde que salió de Etelnon comenzó a padecer de hemorroides, seguramente debido al cambio de dieta y a las prolongadas marchas a caballo, y en aquellos precisos días se encontraba atravesando una crisis. Tantas horas sobre la silla de montar estaban agravando considerablemente su padecimiento y ya se le hacía insufrible aquella tortura.

Antes del mediodía, alcanzaron la parte más elevada de su itinerario, allí donde la vereda seguida se adentraba en un collado que servía de comunicación con el valle siguiente. El caballero Ferdinand de Artenay se adelantó a Marie y, poniéndose a la cabeza de la columna, guió a ésta en busca de una zona que reuniese las condiciones óptimas para detenerse. El capitán de los cruzados tenía en mente hacer un alto prolongado pues, como experimentado conductor de hombres, sabía perfectamente hasta donde se podía llegar exigiendo un esfuerzo a la gente y a las bestias, y en que momento era más recomendable ceder y tomar un descanso. Observaba claramente en el rostro de aquellas personas que le seguían que el cansancio, el sueño, el hambre e incluso, en algunos casos, el dolor, las mantenían al borde mismo de sus fuerzas. Tenía en cuenta que, tras la jornada agotadora del día anterior, apenas habían dormido, a pesar de los desvelos del Conde, y les faltaba realizar aún la primera comida.

Por fin encontró el sitio adecuado, un manantial que surgía a la vera de unos centenarios robles. Disponían allí de agua, sombra y algo de pasto para los animales, también de unas espectaculares vistas del valle que iban a abandonar en breve. Ferdinand alzó el brazo y emitió la, ansiada por todos, orden de hacer alto.

## 2.2

Desembarazaron de sus sillas, cargas y atalajes a caballos y mulas, y procedieron a practicarles una somera limpieza de cascos, conduciéndoles seguidamente y de forma ordenada hasta el manantial para que abrevasen con moderación. Después se les distribuyó en grupos cerca de los lugares más ricos en pasto, sujetándoles convenientemente las patas delanteras con las maneas de forma que tuviesen cierta libertad de movimientos, aunque a los más inquietos se hacía imprescindible además atar.

Lorent pensaba que era realmente una suerte el poder encontrar, a aquella altura del verano, hierba fresca y abundante para que pudieran comer las bestias. Se habían incluido entre las provisiones algunos sacos de grano y habas secas para el caso de que escasease el forraje natural, y en cualquier caso completar su dieta, pero la cantidad que traían, si hubiera que echar mano exclusivamente de ella, apenas podía dar para un par de raciones por cabeza. Por ello le preocupaba sobremanera el que la expedición se prolongase más de lo que se preveía y tuvieran que atravesar zonas ya trilladas por los forrajeadores, como había sido el caso del camino recorrido durante la mañana.

No se trataba del Caballerizo Mayor de la Casa de Flambó, sino de uno de sus hijos. Lorent, al conocer que su padre había sido designado para formar parte de la patrulla, convenció a éste para que le dejase ir en su lugar. Tanto para evitar a su viejo progenitor los, sin duda inevitables, riesgos y fatigas del viaje, como por cierto deseo de aventura del mozo. Una vez convencido aquel, procedieron ambos a solicitar del Conde que permitiese el cambio, a lo que éste accedió gustoso.

El mozo apenas rozaba la veintena de años, pero tenía a sus espaldas la experiencia de toda su vida y un increíble amor por su trabajo. Aunque oficialmente sólo tenía la categoría de palafrenero, al haberse criado entre caballos y de la mano de un auténtico maestro, lo sabía todo acerca de ellos. Además de ser un excelente domador, conocía casi todos los remedios y tratamientos que en lo tocante a veterinaria se practicaban en la época. Lo mismo podía hacer de herrero, fabricando y calzando una herradura, que de guarnicionero, reparando una silla de montar o unas cinchas. Se puede decir que su propia aptitud y la labor constante de su padre se habían combinado para dar como resultado un perfecto especialista.

Lorent era un joven alto y delgado, fuerte, aunque un poco desgarbado, de pelo castaño crecido hasta los hombros, largos y lacios bigotes, barba rasurada, ojos de color entre verde y amarillo, nariz recta y poderoso mentón.

Aunque sus compañeros, una vez acomodados los caballos de cada uno, iban tomando asiento alrededor del manantial para empezar a almorzar, él aún tenía cosas que hacer: echar un segundo vistazo a las herraduras, curar alguna rozadura o pequeña herida, comprobar que todos los animales estaban a gusto y bien provistos del mínimo pasto... y su celo profesional le llevaba a realizar todos estos cometidos de muy buen grado y con responsabilidad, sin tener prisa alguna en acudir con los demás, ya comería tan pronto como terminase.

Cada uno se sentaba donde podía, sobre una roca, junto al espléndido tronco de alguno de los viejos robles que le serviría de respaldo, sobre el verde tapiz de una pequeña parcela de hierba, todos dejando en el centro el árbol bajo cuyas enormes raíces se veía manar el agua y el pequeño remanso que ésta formaba antes de que la pendiente la precipitase ladera abajo en forma de reguero más que de otra cosa, dada su escasez. Por supuesto se buscaba cierta afinidad con el comensal vecino, evitando dejar que fuera la casualidad la que decidiese. De todas maneras, bien fuera a causa del cansancio, bien del hambre o quizá por el hecho de la heterogénea diversidad de personas y grupos sociales allí reunidos, en tan pequeño espacio, agravado por la presencia de aquellos dos absolutos desconocidos, el Señor Bernard de Fanjeaux y su mercenario, el caso es que nadie decía ni palabra, y la situación, después de un rato, empezaba a resultar para algunos un poco embarazosa.

Entretanto, Geubert, el cocinero, atendía a su trabajo. Había escogido una gran piedra cuya parte superior, ancha y plana, hacía de providencial mesa, y ahí se afanaba en poner a punto las viandas con que almorzarían aquel día. Tras dar un manotazo en el morro a "Polisson" para que dejase de husmear la comida, fue desenvolviendo y extendiendo sobre la piedra todos los productos que él estimaba oportunos para saciar el hambre considerable de aquel grupo de personas, pero pretendiendo que no se desperdiciara ni una onza más de lo necesario, porque un buen cocinero debía ser, antes que nada, un buen administrador. Y no cabe duda de que Geubert, aún siendo el más moderno y también más joven de los cocineros al servicio de la mesnada, y por ello precisamente le había tocado participar en la cabalgada, era para algunos el mejor de todos y, no sólo eso, sus devotos no recordaban uno tan competente como él.

De estatura media, entrado en carnes pero sin llegar a una obesidad excesiva, adornaba su redonda cara con ojos muy azules, nariz corva y boca pequeña de labios finos. Su melena, de color rubio pajizo, la solía llevar recogida en una coleta, mientras que su rostro lo mantenía siempre bien rasurado. Sus manos, pequeñas, eran carnosas y de dedos cortos. Contaba entonces treinta años, y el relativo poco tiempo que llevaba en la Casa Flambó se explicaba por la circunstancia de que anteriormente había servido en casa de un pariente del Conde.

Geubert era un siervo, y esta condición, normalmente adquirida en la cuna, le condicionaba a uno de por vida, de tal manera que quedaba adscrito para siempre al territorio donde había nacido y bajo la tutela de la Autoridad que gobernase esa comarca. Por eso no podía cambiar voluntariamente de amo, si hasta hace poco trabajaba para otro distinto, se debía a que en su día le cedieron como un favor a un primo de Gerrart Flambó. Su situación no era única entre los componentes de aquella patrulla, la compartía con Lorent, el palafrenero, y Madelaine, ellos también eran siervos de la Casa Flambó.

Cuando el cocinero expuso sobre la piedra las apetitosas empanadas de carne horneadas aquella madrugada que constituirían el plato fuerte del almuerzo, un delicioso aroma invadió el

lugar haciendo que las bocas de los expedicionarios se hicieran agua y sus estómagos rugieran ansiosos. Marie tenía que sostener a “Polisson” para que no se lanzara de cabeza a meter el hocico en los alimentos. Para evitarles el trastorno de tener que irse levantando uno por uno, Geubert distribuía las raciones mediante el auxilio del paje, el jovencísimo Ibeloki.

El benjamín del grupo contaba con tan sólo doce años. Una edad que en aquella época no era considerada como propia de un niño: Un hombre abandonaba su hogar para iniciar su preparación como guerrero en casa de algún pariente, a los siete, y una mujer podía muy bien contraer matrimonio con trece o catorce. Esto entre los poderosos, qué decir de la edad en que los plebeyos ponían a su prole a trabajar.

Ali Ibn al-Oki había nacido en, no sabía nadie, ni siquiera él mismo, qué lugar de Oriente, pero lo consideraban de Palestina, pues de allí lo había traído el Conde de Etelnon cuando apenas tenía cuatro años. Lo vendían como esclavo en un mercado de Tiro y el noble, compadecido al ver al pequeño, no dudó en comprarlo. Esa era la condición del palestino, esclavo personal del Señor de Etelnon y la verdad es que no le había ido nada mal, pues el trato que recibía desde su llegada a Europa no podía ser más exquisito.

Bautizado con el nombre de Michel, no dejaron nunca de emplear su antiguo apelativo, aunque muy simplificado, que entre otras cosas era, junto con la edad aproximada, lo único que sabían de él. Considerado como uno más de la familia, al principio se le atendió como a cualquier otro niño del clan, permitiéndole jugar alegremente mientras continuaba su desarrollo. Y después, a partir de los siete, momento en que comenzó su educación en un ambiente de más disciplina, se le enseñaron las labores que le iban a ser propias, pero también otras materias que serían muy útiles para él, y para cuyo aprendizaje el crío mostraba estar especialmente dotado.

Ahora, a sus doce años, el palestino conocía a la perfección muchos de los cometidos que la Casa de Flambó esperaba de un paje. Sabía desde rasurar una barba a recitar una balada, desde coser una fíbula en la capa a preparar adecuadamente la mesa para un banquete, desde limpiar cuidadosamente una costosa cota de malla hasta distinguir un vino de Borgoña de un vino de Burdeos. Sus conocimientos eran, como puede verse, muy diversos. Pero como las ansias de saber de aquel mozo eran inagotables, también dominaba las matemáticas, la música, sabía leer y escribir el latín y el romance con soltura... De hecho, una de sus principales misiones era la de amenizar las comidas de la corte de los Flambó, leyendo pasajes de los libros de la importante biblioteca del castillo de Etelnon, labor en la que se turnaba con el capellán y los ayudantes de éste.

Hacía tiempo que el Conde era consciente de lo que tenía en su casa, la providencia había instalado en ella un auténtico genio. Sabía que con el tiempo sería superior incluso a sus doctos hijos mayores y sobrino predilecto. Paul, Marie y Pierrot, aún siendo estudiosos e inteligentes, nunca podrían estar a la altura de aquel muchacho, puesto que éste era un fuera de serie. Por eso tenía reservado para él un puesto muy importante dentro de su Casa, pensaba que algún día podría convertirse en su próximo Mayordomo o al menos en su Canciller. Pero aún debía resolver una duda respecto de él, llegar a saber si Ibeloki mostraba alguna inclinación militar puesto que aún podría, si fuese éste el caso, derivar su educación hacia las armas. Esa era una de las razones por las que le había incluido en aquella aventura, aparte de que su especial preparación y entendimiento pudiesen ser muy útiles al grupo.

A sus dotes intelectuales, Ibeloki añadía una simpatía y una afabilidad desbordantes. Físicamente, sin embargo, era muy poca cosa, tan pequeño que incluso resultaba difícil creer que tuviera más de diez años. Muy moreno, sus negros cabellos los llevaba cortados a “tazón”. Sus ojos castaños tenían una mirada especialmente expresiva y profunda y, a pesar de que no era en absoluto agraciado, aquellos ayudaban, junto a su eterna sonrisa, a proporcionarle una presencia bastante agradable.

Geubert no cortaba las empanadas de forma equitativa sino que parecía saber el tamaño exacto del pedazo que cada uno sería capaz de ingerir, otra muestra más de la sabiduría culinaria de aquel maestro del fogón. Era rarísimo que repartiendo él, a alguien le sobrara o quisiera repetir, a veces ocurría, pero era infrecuente. Iba pasando las porciones al paje con la indicación de destinatario, y aquél, una y otra vez, recorría el trayecto correspondiente para entregar su pequeña carga. Ésta no solo incluía la empanada, sino también una cebolla mediana y la mitad

de uno de aquellos pequeños pero sabrosos melones que el cocinero hendía con maestría.

A pesar del hambre que les acuciaba y lo tentador del aspecto y olor de la empanada, la gente esperaba pacientemente a que terminase el reparto y, una vez estuviesen todos listos, se procediese a la bendición de los alimentos. Bueno, todos aguardaban con la excepción de una única persona que ya había comenzado a hincar el diente. Y esa persona era, para escarnio de los creyentes, precisamente el encargado de invocar la protección divina, el capellán.

-¡Pater!- trató de llamarle la atención discretamente el caballero Ferdinand.

Todo el mundo se volvió para mirarle, incluso los que aún no habían reparado en la trasgresión. Pero el aludido no daba muestras de enterarse y seguía comiendo ante la estupefacción general de la gente, la chanza de algunos y la imitación de otros, uno de ellos el mercenario, que también comenzaron a devorar su ración. Finalmente un grupo, el de los más ofendidos, gritó a coro:

-¡PATER!

Por fin se dio cuenta el hombre de su falta, mientras veía las miradas acusadoras de cuantos le rodeaban.

-¡Disculpad hijos! Esta cabeza mía...

El padre Johannes era un hombre relativamente joven, no tenía aún los treinta, y llevaba muy poco tiempo en la Casa Flambó. Había entrado a servir en ella como capellán en sustitución del padre Reinaldo, fallecido recientemente.

Hubiera sido muy difícil encontrar un sacerdote, por competente que fuera, capaz de estar a la altura de aquel santo varón, pues reunía en él todas las virtudes necesarias para su cargo y condición, y algunas más: sabiduría, humildad, bondad, templanza... Pero es que el nuevo presbítero, no sólo es que no poseyera ninguna de esas aptitudes sino que además era un auténtico desastre para su profesión.

El Obispo, ante la urgencia con que Gerrart Flambó le instaba a proceder al nombramiento del sustituto, le había enviado lo primero que tuvo a mano. Un individuo cuya única vocación consistía en comer caliente sin tener para ello que dar hachazo, y además sin la más mínima preparación. No sólo no entendía las Escrituras, sino que casi ni las conocía. Confundía las palabras de la liturgia y aún tenía incluso serias dificultades para leer el Evangelio.

Eso sí, se distinguía en toda clase de excesos en el comer, beber y dormir. Le encantaba el juego, actividad en la que se mostraba particularmente hábil, y también manifestaba especial predisposición a dejarse impresionar por las faldas. Bien es cierto que esta última tendencia la ocultaba discretamente, por lo menos hasta el momento.

En los pocos meses que llevaba en la mesnada ya se había ganado la enemistad de casi todo el mundo, en especial de los más beatos, que eran los que más esperaban de él. Aunque está claro que también eran éstos los que con más ardor combatían su propia animadversión, ya que consideraban un pecado muy mezquino el pensar mal de un ministro de la Iglesia. Y por ello se convertirían en sus acérrimos defensores ante los ataques de los creyentes tibios.

No obstante, no se trataba de un depravado ni de una mala persona, sino de un hombre sencillo que sólo encontraba sentido a la vida desde un punto de vista hedonista. Sus padres, en su afán de lograr la supervivencia del hijo, le habían orientado hacia la vida religiosa, algo frecuentísimo, ingresándole en un monasterio, y desde ahí, la influencia de un poderoso pariente le catapultó, allanándole muchísimo el camino, hasta su ordenamiento como presbítero.

¿Su apariencia? Estatura media, ancho de espaldas, de formas redondeadas por el buen comer, pero no desfondado aún gracias a su juventud. De cabello rubio y corto, del que sólo mostraba el cerquillo por estar el resto tonsurado, piel blanca especialmente sonrosada en las mejillas, ojos grises y nariz pequeña y roma. Solía estar siempre de buen humor mostrando una sonrisilla que sus peores detractores calificaban de estúpida.

Al fin terminó el reparto y, tras cumplir el capellán con su cometido de bendecir, confundiendo, cómo no, algunas palabras respecto de la tradicional fórmula, la gente comenzó a almorzar de forma desahogada.

Molesto con el mutismo con que sus subordinados comían o, más exactamente, devoraban las viandas, el investido por el Conde como capitán del grupo de cruzados, Ferdinand

de Artenay, consideró que aquel podía ser el momento adecuado para dirigirles la palabra, dándoles unas someras explicaciones de cual era el fin de aquella expedición, más que nada por si algún despistado no se había enterado todavía. Pensaba hacerlo más adelante, pero ahora que la gente estaba toda reunida y en relativo silencio, era la ocasión propicia:

- ¡Escuchadme un momento! Antes que nada y para los que aún no le conocéis, os voy a presentar al hidalgo Bernard de Fanjeaux- empezó Ferdinand mientras señalaba con su mano abierta hacia el aludido- es pariente de nuestro último enemigo, el Conde de Almir, pero él lucha junto a nosotros en defensa de... la... ¿Verdadera Fe?- terminó diciendo mientras miraba al occitano.

El Mariscal creía saber la causa real por la que luchaban y no dudaba, al menos en presencia de sus íntimos subordinados, en evidenciarlo de forma sutil mediante alguna ironía.

Iba a continuar su discurso, pero Bernard de Fanjeaux se adelantó para soltar una inconveniencia fuera de lugar en esos momentos:

- ¿Es necesario que comamos todos juntos, con los plebeyos? ¿Esa es la costumbre de vuestra mesnada, caballeros y siervos a la misma mesa? ¡Me parece un desatino y una grosería!

Durante unos segundos, la gente, confusa por la inesperada salida de tono, no pegó bocado. Los siervos y el esclavo se preguntaban si estaban haciendo algo malo, los escuderos no sabían si les estaba incluyendo a ellos en el mismo saco.

En el tiempo en que Ferdinand tardó en reaccionar, se produjo una baja entre los comensales. El médico, François, recogió su comida, se levantó y ya se marchaba cuando el Mariscal le interpelló:

- ¿Dónde vais señor François?

- Voy a comer bajo aquellos árboles de allí- señaló más abajo- aquí hace demasiado calor y hay muchos insectos. Somos demasiados para tan poco espacio- y tras la excusa traída al pelo, el físico se retiró con cara de disgusto.

Para que no cundiera el malestar desde el primer momento entre los cruzados, Ferdinand se apresuró a zanjar aquella espinosa cuestión del protocolo de una forma tajante, aclarando las cosas al hermanastro del Conde de Almir:

- Para empezar, ¿dónde coño está la mesa? Veréis Señor hidalgo de... ¿Fanió?

- ¡FANJEAUX! Antes lo habéis dicho bien.

- Normalmente en nuestra mesnada se respetan los convencionalismos sociales, pero dado que en estos momentos vivimos una situación especial, este tipo de consideraciones sólo puede representar un estorbo. Por lo tanto, estamos muy bien comiendo todos juntos. Pero, eso sí, si os sentís incómodo con esta situación estáis en vuestro perfecto derecho de retiraros a comer un poco más lejos. Me encargaré de que en lo sucesivo os lleven la parte que os corresponda a donde vosotros fijéis. Pero no os olvidéis llevaros también vuestra parte de moscas. Por supuesto, yo no me opongo, las que notéis más aristocráticas.

Escuchada la graciosa alocución de Ferdinand, la gente se tranquilizó y no se produjeron nuevas defecciones, concentrándose todos en sus afanes alimenticios, la empanada sabía realmente a gloria. Bernard de Fanjeaux, tras farfullar quedamente alguna suerte de improperio, prefirió permanecer callado y con cara de pocos amigos, pero no se movió de su sitio.

Por su condición social, la persona que se había retirado del círculo quizá fuera la que menos debiera estorbar al hidalgo Bernard, pues se trataba del único hombre realmente libre del grupo. Todos los demás dependían unos de otros, pero él no.

Tanto el esclavo Ibeloki, como los tres siervos, aún teniendo la consideración de personas con ciertos derechos jurídicos, eran una propiedad del Conde. Pero es que escuderos y caballeros, descartando entre ellos los posibles casos, que a veces se daban, de pertenencia a alguno de los anteriores colectivos dependientes, como hombres libres que se dedicaban al ejercicio de las armas siempre resultaban ser vasallos de otra persona a la que habían jurado fidelidad y obediencia a cambio de su protección.

Sin embargo François era un hombre libre y su relación con Gerrart Flambó únicamente profesional. Él podía romper aquella en el momento que le viniese en gana. Por supuesto que seguramente nunca llegaría a tomar ésta determinación por mucho que le contrariasen algunas

disposiciones del noble, como su última cabezonada de enviarle en aquella correría absurda, porque dependía del salario que percibía regularmente y no era nada fácil para un médico encontrar un empleo, a pesar de ser tan pocos los profesionales disponibles. Solamente un rico, bien fuese un señor feudal, un acaudalado burgués o un jerarca eclesiástico, contaba con el suficiente dinero como para permitirse tener uno de ellos en nómina. Los humildes, o tenían sus propios remedios, o conocían algún curandero, o bien acudían a alguna caritativa institución religiosa.

Claro que la diferencia entre un curandero que se dedicase a los pobres y un médico, era más bien formal. En aquellos años no existían aún universidades propiamente dichas, pero sí es cierto que el movimiento de gestación que dio lugar a éstas ya estaba en marcha. En París, Montpellier, Oxford, Bolonia y Salerno, ciudades donde de forma espontánea nacían, a partir de las escuelas catedralicias preexistentes, unas asociaciones corporativas de profesores y alumnos que, a imitación de los gremios, velaban por sus intereses y autonomía respecto de la jurisdicción eclesiástica, y eran llamadas también “universitas”.

Precisamente, la citada en último lugar, Salerno, era la única especializada en medicina, haciendo referencia, claro está, sólo al occidente cristiano y dejando aparte las enseñanzas, sin duda más avanzadas, que se impartían en las escuelas de los ámbitos musulmán o hebreo. También existían en algunas ciudades europeas una especie de escuelas privadas, pero lo normal era que la medicina se aprendiese como si de un oficio cualquiera se tratase, es decir, de hombre a hombre, de maestro a aprendiz, y esto se traducían generalmente como de padre a hijo. Así había aprendido François.

Se apañaba con el conocimiento de unos cuantos principios médicos, muchos, como el que hacía referencia a los cuatro “humores”, bastante desacertados, que solía recitar en latín o griego en alta voz, como parte de una parafernalia muy efectista. Sabía preparar un montón de brebajes y drogas, la mayoría de poca eficacia y otros incluso perniciosos. Utilizaba técnicas, como el sangrado, las purgas y las lavativas, que consideraba irrefutables. Y sorprendentemente, a veces sanaba a los enfermos, y es que, tanto entonces como ahora, cuando el cuerpo se tiene que curar porque su naturaleza es capaz de sobreponerse a sus propios males, pues se cura, y ello a pesar del posible maltrato a que se le esté sometiendo con la aplicación de equivocados y costosos tratamientos.

Tenía alrededor de cuarenta y cinco años. Su pelo, muy abundante, era de color castaño con algunas canas. El rostro bien rasurado, mostraba unas facciones muy marcadas y prematuras arrugas. La nariz era muy grande y los ojos marrones, pequeños y hundidos. Las manos delicadas, el cuerpo voluminoso, alto y un tanto encorvado. Encontró un sitio apartado y cómodo, y allí terminó de comer en soledad, acosado por sus malhumorados pensamientos.

Entretanto, Ferdinand de Artenay, después de dar unos bocados, continuó con las presentaciones:

- Y tú, serás el escudero del caballero Bernard. ¿Cómo te hemos de llamar?- dijo dirigiéndose al guerrero de aspecto fiero y estrambótico.

- ¡Con mucha delicadeza pues me irrito fácilmente!- respondió el interpelado con su desagradable voz cazallera- Me llamo Richart y no soy el escudero de nadie sino un sargento de a caballo.

Ferdinand, más disgustado con la primera parte de la contestación, que se podía tomar como broma pero también como un impertinente aviso para que guardara las distancias, que contrariado por la segunda, volvió airadamente su rostro hacia Bernard de Fanjeaux, mostrando sus mejillas, por encima del arranque de la barba, los típicos rosetones que se le encendían cada vez que hervía de ira por dentro aunque por fuera aparentase serenidad:

- ¿No os indicaron que debíais traer a un escudero y no a un mercenario? ¿Por qué no habéis seguido las instrucciones? ¿Lo sabe el Conde?- le preguntó utilizando un tono seco y desabrido.

- Pfff ... ¿y qué más da?, me dijo el Conde que una sola persona y yo he traído una sola. ¿Qué más da el tipo de guerrero de que se trate?

- ¡Pues no da igual! ¡Bien empezamos si no sois capaz de seguir unas sencillas normas al pie de la letra!

- Yo he entendido perfectamente el espíritu de las indicaciones que me dio el Conde, no quería ningún caballero que pudiera hacer sombra a sus hijos. Pues bien, no he traído conmigo ninguno de mis caballeros, y descartados estos, Richart es mi mejor hombre. Y no tenéis nada que temer porque su única aspiración es recibir puntualmente la soldada y la parte del botín que pudiera corresponderle. No necesita honores.

Paul estaba distraído y no se percató de lo que se acababa de decir y Pierrot no se inmutó porque sabía que esa era la verdad, pero Marie, abochornada, deseó en ese momento que la tierra se la tragara.

- ¡Es cierto! Yo no tengo apellido y los honores podéis guardároslos en el culo- apostilló crudamente el sargento.

- Es un tanto deslenguado vuestro mercenario- manifestó Ferdinand con una entonación entre amenazadora y despectiva, evidenciando lo poco que apreciaba a los guerreros de esa condición.

- Sí, es cierto, tiene ese pequeño defecto- respondió su patrón.

- Pues debéis informarle de que tenga mucho cuidado con el tono de sus palabras cuando hable conmigo, no sea que me vea obligado a lavarle la lengua a mi manera.

- No he entendido bien que queríais lavarme con vuestra lengua- añadió insolente Richart.

Ferdinand no contestó, tampoco Bernard llamó a su sargento al orden como hubiera sido lo suyo.

Durante unos instantes, el capitán de los cruzados y el mercenario sostuvieron un duro duelo con sus miradas, cortantes como cuchillos. Fue el Mariscal el primero en apartar la vista, lo que interpretó Richart como una victoria personal. En realidad aquel, a pesar de la provocación, no deseaba entrar en el juego todavía. La presencia de los hombres de su mesnada y en especial la de sus pupilos, todos ellos testigos mudos de la osada insubordinación del mercenario, le perturbaba sobremanera, porque sino le habrían hecho hasta gracia las mordaces respuestas de éste. Pero para nada se había sentido intimidado, bien al contrario, le parecía divertido, y todo un reto a superar durante el tiempo que durase la expedición, el tratar de bajar los humos al díscolo guerrero.

Tras las polémicas presentaciones de los dos desconocidos, Ferdinand de Arteny se propuso acabar de informar a los presentes, de forma oficial y con la máxima brevedad, del objeto de la misión.

-¡Veamos! En dos palabras: Sabemos que diez o doce defensores del castro de Almir han conseguido escapar. Entre ellos hay tres o cuatro guerreros. Tenemos algunas sospechas de que se trate del propio Conde con algunos allegados, quizá entre ellos algún “perfecto”. Por eso es de vital importancia que les demos caza, ese es nuestro cometido.

“Es posible, pero que nadie se haga demasiadas ilusiones- el capitán remarcó, mediante una inflexión de su voz, esta última frase- que lleven consigo una importante cantidad económica que atesoraron los herejes para el sostenimiento de su causa. También puede que tengan en su poder, como sin duda habrá llegado a vuestros oídos en alguna ocasión, la Sagrada Reliquia, la corona de espinas que ciñó Nuestro Señor durante la Pasión. Pero todo esto son sólo conjeturas a las que yo no doy demasiado crédito. ¡Ya veremos!

“Bien, pues eso es todo... ¿Tenéis alguna pregunta?”

La gente parecía desconcertada ante lo escuchado y realmente ninguno había que no estuviera al corriente de ello, pues los presentes a estas alturas sabían eso y todavía más, pero explicado por aquel imponente guerrero, nada menos que el lugarteniente del Conde, en el marco de aquellos montes y frente a las ruinas de Almir, completamente fuera ya de la protección de su propio ejército, sonaba como algo tremendo y amenazador. A más de uno le recorrió en ese momento un escalofrío por la espalda y se le puso la carne de gallina, mientras caían en la cuenta de la grave responsabilidad que pesaba sobre ellos. Se miraron unos instantes los unos a los otros y el pensamiento que sin duda pasó por sus mentes, al menos por las de los Flambó y sus escuderos, fue: “¿Cómo nos han podido elegir a nosotros?”

Enmudecidos por estas reflexiones, nadie pidió aclaración alguna, continuaron en silencio y Ferdinand, que se había quedado algo rezagado con su comida, aprovechó para terminarla. Mientras, los expedicionarios, una vez saciado su apetito, totalmente rendidos por la

fatiga y fustigados por el calor que empezaba apretar, fueron cayendo uno tras otro en los brazos de Morfeo.

En pocos momentos, casi todos dormían plácidamente, apoyados unos contra otros, o con la espalda recostada en el tronco de algún árbol o contra alguna roca, o bien tumbados sobre la hierba. Solamente el Mariscal, el templario y el palafrenero Lorent, que había comenzado a comer algo más tarde, se mantenían despiertos. Lo que comenzó como un rumor apacible que se confundía con el alegre gorgoteo del manantial, acabó convirtiéndose en un endiablado concierto de ronquidos y resoplidos, solamente interrumpido a veces por el inquietante zumbido de algún gran insecto en vuelo.

El capitán de los cruzados, Ferdinand, según iba terminando los últimos bocados, empezó a escudriñar a sus anchas y con detenimiento el aspecto de sus hombres. Tenía a su derecha a su escudero y compañero de juergas Phelipot, que dormía tumbado boca arriba siendo sus potentes ronquidos de una desagradable sonoridad, en especial aquellos que seguían a los momentos de apnea. Las moscas correteaban alegremente por su entreabierta boca sin que el escudero diera ninguna muestra de desagrado. El caballero pensó que en esos momentos tenía el patético aspecto de un borracho durmiendo la mona, juicio que no era tan desacertado.

A su izquierda, muy estirado y con su espalda apoyada sobre el tronco de un árbol que le servía de respaldo, intentaba disimular que dormía el hidalgo Bernard. Pero la inverosímil posición que poco a poco iban adoptando su cuello y cabeza, le delataban completamente.

A su vera, tumbado de costado, yacía el antipático sargento. ¿Pensó si podría fiarse de aquellos dos hombres llegado el momento? No lo tenía nada claro.

En la parte derecha del círculo, sus ojos se detuvieron un instante para observar a Pierrot, el ahijado del Conde al que algunos compañeros apodaban “Aristo”, comparándole en broma con el celebre filósofo cuyo nombre así comenzaba. Recostado en una roca de cómoda apariencia, ofrecía el joven un semblante muy digno, con sus larguísimos cabellos negros, a la usanza de los antiguos bárbaros, cayéndole sobre los hombros y cruzándose sobre su pecho. Su rostro rasurado despedía una gran serenidad y nobleza.

Qué distinto el aspecto del anciano caballero Charles de Dreux, alias “Abuelo”, que se encontraba a su lado. Su energía vital parecía a punto de abandonarle. La barba espesa y de un blanco immaculado que exhibía, no era capaz de disimular una especie de mueca de dolor. Algún mal interno estaba desmoronando la frágil salud del viejo. El Mariscal pensaba que era sin duda un valiente, pero la idea de traerle una gran equivocación, su lugar debía de ser el castillo de Etelnon. Tenía que estar disfrutando de un merecido retiro mientras esperaba que le llegara su hora, ¿qué pintaba allí un hombre de aquella edad, con cerca de setenta años a la espalda? Vamos, le parecía una de aquellas imprudencias que cometía frecuentemente su señor y amigo Gerrart cuando se dejaba guiar por su gran corazón sin pararse a reflexionar un momento en las consecuencias.

Luego dirigió su vista hacia la pequeña y brava Marie, “Bicho”, que dormía abrazada a su perro. A Madelaine acostada a su lado. A Aubert, a Paul, a...

“¿Pero qué veían sus ojos?! Paul durmiendo con la cabeza apoyada sobre el regazo de su escudero, mientras éste le rodeaba con sus brazos. La escena le parecía de lo más lamentable. Además, ahora caía en la cuenta, el primogénito del Conde se había arrollado en el cuello un fular del rosa más cursi y estrafalario que hubiera observado en su vida”.

Ferdinand hizo ademán de incorporarse. “Llegaría hasta ellos y les soltaría un par de sopapos a cada uno. Aquella actitud no podía tolerarla. Si delante de su padre no adoptaba este tipo de posturas ni lucía una prenda tan “peculiar”, no consentiría que en ausencia de éste, y para más infamia en presencia de extraños, ofreciese aquellas deshonestas poses. Aunque pensándolo mejor, nadie había caído en la cuenta pues casi todo el mundo dormía. Si montaba ahora un escándalo, la gente despertaría y sería testigo de la inevitable reprensión, y la verdad, prefería no darles al hermanastro del hereje y a su esbirro el placer de ser espectadores del lavado de sus trapos sucios. No quería exhibir ninguna fisura en la cohesión del grupo que pudiera ser aprovechada por aquellos dos en cualquier situación futura. Era preferible casi el escandalizarles mostrándose permisivos con esta monstruosa desviación, ello les haría sentirse incómodos y desorientados”.

Así que el Mariscal consiguió reprimir sus ganas de dar un escarmiento a los dos descarriados, y en lugar de ello se puso a reflexionar sobre el asunto.

“No entendía muy bien el emparejamiento contra natura de aquellos dos jóvenes. Estaba claro en el caso de Paul, llamado el “Principito” por sus más allegados, y la “Princesita” por gente que no le tenía demasiado aprecio, que desde muy pequeño se había comportado como una auténtica nena, por mucho que se empeñara su padre, poniéndose una venda ante los ojos, en tratarle como a un chaval corriente. Pero el caso del escudero era más desconcertante porque nada en él hacía presagiar un comportamiento sexual desviado”.

Jacques era hijo de un acomodado comerciante de Etelnon. El hombre había estimado que lo mejor para el futuro de su vástago era que sentara plaza como escudero en la mesnada del Conde, para lo cual lo único que se requería era gozar de una buena salud, fortaleza física y la adquisición del costosísimo equipo. Por supuesto también que hubiese una vacante y contar con el beneplácito del noble. Todos los requisitos se cumplieron y el joven entró a formar parte de la mesnada, pero la falta de preparación específicamente militar que desde niño hubiera necesitado tener, le hacía estar en desventaja con sus compañeros.

No fue casual el que fuera designado como escudero del hijo mayor de Gerrart Flambó. Ambos eran de la misma edad y Jacques sentó plaza como escudero casi a la vez que Paul era investido caballero. Cuando el Conde comunicó a su hijo que le iba a asignar un auxiliar, éste pidió a su padre que fuera el muchacho que acababa de incorporarse. No es que ya hubiese surgido algo entre ellos, sino que Paul prefería tener como compañero a alguien sin experiencia, una persona a quien la ruda vida militar no hubiese ya insensibilizado, a fin de que se mostrase más comprensivo con “lo suyo”, pues le desagradaba en extremo que le recriminasen su feminidad, algo que él ya tenía del todo asumido.

Ferdinand veía muy incierto el futuro del joven Jacques, intuía muy poco probable su ascenso a caballero. Primero por lo poco hábil que se mostraba con las armas a pesar de ser un mozo vigoroso, pero especialmente por la mancha que suponía aquella deshonesta relación. Cuando algún día el Conde despertase de su ceguera, bien por evolución natural, bien porque alguna metedura de pata de los muchachos, como en el caso actual, hiciese evidente la perversa relación a los ojos de gentes extrañas y poderosas, y esto pudiese poner en entredicho la honorabilidad del apellido Flambó, le costaría al ingenuo mancebo, en el mejor de los casos la expulsión de la mesnada, y en el peor hasta la muerte.

Jacques, llamado por sus compañeros de armas “Torpón”, tenía el cabello rubio oscuro dispuesto en una copiosa melena, rizada según la moda; barba y bigote poco poblados, ojos azules y rostro afilado con pómulos prominentes. Era delgado y de estatura media, pero de recia constitución.

El caballero Ferdinand, volvió a echar una ojeada rápida a sus roncadoras “huestes”. “El Conde tenía que estar loco”, pensó mientras observaba a aquella caterva a sus ordenes: “tres bisoños caballeros de lo más extravagante, sin apenas experiencia, entre ellos un sodomita y... ¡una mujer!; otro caballero, de dudosa lealtad y valor, y su conflictivo mercenario; un anciano y cuatro escuderos, tres de los cuales sin apenas experiencia. Realmente su señor y amigo, Gerrart, debía tener en muy poco al enemigo, o en mucha estima a su cuñado el templario y a él mismo, para enviarlos prácticamente solos en busca de los fugitivos”.

Mientras estaba en estos pensamientos, dirigió la vista hacia Adrien. Se había retirado un poco más atrás y subido sobre una gran roca. Estaba sentado con las piernas cruzadas a la turca y la espalda bien erguida, y allí permanecía impávido, como siempre. Ambos hombres se miraron a los ojos un momento, sin que mediase palabra entre ellos. El Mariscal se preguntó si estaría pensando lo mismo que él.

Difícil saber qué pasaba por la mente de aquel extraño sujeto. Eran tan diferentes el uno del otro. El templario un hombre profundamente espiritual, una de esas personas, muy abundantes en aquella época, que anteponían la vida del mas allá y su salvación a cualquier otro principio o necesidad material relacionado con la vida de más acá.

Ciertamente había muchos motivos para que la gente se preocupara preferentemente de asegurarse un incierto futuro post-mortem, en lugar de aprovechar un pasajero, inseguro y dramático presente. Pero la paradoja consistía en que, a veces, el esmero en llevar una vida

santa por encima de todo obstáculo, les hacía acabar arrojando las voluntades de los demás, de sus hermanos, atropellando sus derechos, incluso el de dejarles al menos pensar libremente, llegando a dañarles física y psíquicamente si se obstinaban en no opinar como ellos e imitar su “recto” proceder, con lo que olvidaban el primer principio que su religión cristiana les obligaba a observar, el Amor.

Y es que si la máxima dada por Cristo: “Amar a Dios sobre toda las cosas y al prójimo como a uno mismo”, era tomada al pie de la letra, algunos como Adrien conseguían llevar a la práctica su obsesión de amor divino, pero en sus ansias de salvación se olvidaban de amarse a sí mismos. De lo que resultaba que al final tampoco amaban a sus hermanos.

Eso, y no otra cosa, refiriéndonos claro a los que obraban de buena Fe, llevó a los católicos de Roma a arrasar las tierras de sus correligionarios del Languedoc, por haberse desviado heréticamente de la “verdad” oficial, cuando la única desviación que intentaban llevar a la práctica era volver a la pureza evangélica de los primeros discípulos de Cristo, en base a una más verídica interpretación del Nuevo Testamento. Si afinamos aún más, se podría pensar que la que realmente se había apartado del espíritu inicial era la Jerarquía católica, mientras que los supuestos herejes en realidad no habían evolucionado conforme a la marcha de los degenerados acontecimientos de la era.

El interés primordial del monje templario consistía en conseguir la Reliquia para que ésta quedase en manos de los servidores de la verdadera Fe, única forma en que podría ser glorificada adecuadamente.

El capturar a los herejes no le preocupaba especialmente, al fin y al cabo no los consideraba más que unos infelices apartados de la Verdadera Luz a causa de su soberbia. El dinero o las armas que pudieran llevar no las quería para sí. Bueno, la parte económica que pudiese corresponderle la entregaría a la Orden del Temple, pero tampoco ésta tenía en ese momento una necesidad acuciante de riquezas.

Y ahí estaba la diferencia fundamental entre Adrien y Ferdinand. A éste último le importaba bien poco la existencia o no de la Corona de Espinas. Sólo le atraía el dinero y, secundariamente, el honor que pudiese adquirir con la hazaña de llevar prisioneros al Conde y sus secuaces.

Al contrario de lo que solía ser habitual entre los peregrinos o cruzados que acudían a Tierra Santa, cuya Fe salía reforzada y acrecentada al contacto con aquellos bíblicos lugares, Ferdinand había dejado allí de creer en Dios.

En el transcurso de la Tercera Cruzada, también llamada de los “Tres Reyes”, a la que acudió con apenas catorce años, ya le habían asaltado las dudas. Pero fue en el transcurso de la Cuarta, desviada contra Constantinopla a causa de intereses económicos de los venecianos, cuando el caballero, tras una crisis de conciencia, se hizo totalmente ateo.

Por supuesto no era tan loco de negar la religión públicamente e incluso tenía la suficiente prudencia como para seguir asistiendo al culto y aparentar exteriormente el cumplimiento fiel de mandamientos y normas, aunque él por dentro los encontrase vacíos de contenido.

Ferdinand se dio cuenta de que el sueño empezaba a vencerle. Pensó que tanto a sus hombres como a él no les vendría mal esa cabezadita. Además, en sus más recónditos pensamientos, de los que él mismo casi no era consciente, latía el deseo de que la segunda partida de perseguidores les alcanzase cuanto antes. En el fondo al Mariscal, que no tenía ninguna confianza en los componentes de su patrulla, le estaba empezando a agobiar la responsabilidad que el Conde había puesto en sus manos, la vida de sus dos hijos mayores y el sobrino predilecto.

Volvió a mirar al templario:

- ¿Vais a dormir fray Adrien?- le preguntó.

- Nunca mientras el Sol esté sobre la Tierra. Lo contempla así nuestra Regla- contestó éste.

- Entonces, si no os importa, ¡vigilad y avisadnos dentro de un rato! En una media hora si se os da bien calcularla.

- No se me da mal. Puedo hacerlo contemplando la altura del Sol, como vos, pero casi

prefiero hacerlo con mis oraciones, rezando para dar las gracias al Señor por la luz que nos regala su astro.

- Hacedlo como más os plazca, pero tened en cuenta que las horas van menguando.

- ¡No me había percatado!- le respondió el monje guerrero acompañando con una sonrisilla su irónica contestación.

Acto seguido, el capitán de aquel grupo de cruzados católicos se tumbó en la hierba cuan largo era y, en breves momentos, se sumaba al concierto de ronquidos.

### 2.3

Un rayo de luz que se filtraba a través de la frondosa copa le despertó. Se incorporó sobresaltado al tiempo que volvía la cabeza hacia el lugar donde estaba el templario, que continuaba en la misma postura que le dejara, ahora parecía contemplar el valle.

El capitán dio fuertes palmadas, al tiempo que gritaba a su gente:

- ¡ARRIBA TODO EL MUNDO! ¡VAMOS, DEPRISA! ¡TODO EL MUNDO ENSILLANDO SUS CABALLOS, YA!

Los expedicionarios, en su mayoría, se levantaron como resortes disponiéndose con gran diligencia a recoger sus cosas y a aprestar sus monturas.

Ferdinand anduvo unos pasos en dirección al templario y le preguntó:

- ¿Os habéis dormido fray Adrien?

- ¡No, por Dios! Os dije que nunca lo hago en tanto el Sol esté en el cielo.

- Pero no me llamasteis.

- Os habéis despertado, ¿no?

No supo el Mariscal si la respuesta le parecía confusa porque aún no acababa de desperezarse, o porque el templario insinuaba que sí le había despertado a pesar de que él juraría lo contrario.

Escrutó el cielo en busca del astro rey, y pensó que había declinado más de lo deseado, una cosa era no marchar todo lo rápido posible, y otra quedarse allí de brazos cruzados. Se encaramó en la roca donde estaba Adrien y observó el valle. Aún se veían perfectamente las ruinas de Almir y, más allá, la llanura tapizada por los cientos de tiendas del campamento católico, pero la distancia no le permitía distinguir que sus camaradas habían iniciado los trabajos para levantar el campamento, ¡ese mismo día!

- Ya tiene que estar en camino el segundo grupo- comentó para sí Ferdinand.

- Es posible, pero no os preocupéis, les llevamos la suficiente ventaja y dudo que hayan podido traer caballos de refresco como nosotros.- le contestó el templario creyendo que le preguntaba a él- Les llevará más tiempo alcanzar estas alturas.

- No fray Adrien, lo que me preocupa más bien es que no nos alcancen antes de que nosotros nos topemos con los herejes. Supongo que habréis reparado ya en la morralla que traemos. Me sabe mal decirlo ya que aprecio un montón a los Flambó, tanto como si fueran los hijos que no tengo, pero esa es la realidad. Y, aparte, no me fío un pelo de Bernard de Fanjeaux y de su esbirro.

- ¡Ánimo, caballero Ferdinand!, no serán tan malos. Vos sois su maestro y me consta que les habéis enseñado bien- se limitó a responder Adrien.

- La técnica la conocen, pero sabéis que hacen falta más cosas para ser un buen guerrero.

Puesto que no conocía muy a fondo a la gente del grupo, ni tan siquiera a sus propios sobrinos, el templario prefirió reservarse su opinión. Se levantó, se estiró elevando los brazos, y después bajo de la roca de un salto dirigiéndose hacia los caballos. El Mariscal marchó tras él.

En poco tiempo el grupo se encontraba dispuesto para salir. Ferdinand, una vez vio a todos montados, dio orden de marchar, él se puso en cabeza. Primero buscó la vereda que traían y, una vez retomada, se adentraron en el collado que, salvando las crestas rocosas que coronaban aquellos montes, comunicaba el valle precedente con el contiguo, que parecía mucho más frondoso.

Al poco de rebasar el desfiladero, la senda por la que circulaban iba a morir a un camino

de mayor importancia que la cortaba perpendicularmente. El capitán descabalgó y comprobó cuidadosamente, en uno y otro sentido de la vía, todas las pistas posibles hasta asegurarse de que rumbo habían tomado los fugitivos, iban hacia la derecha en dirección Noroeste.

El caballero volvió a montar y el escuadrón reinició la marcha. La pista descendía poco a poco bordeando la ladera del valle. A veces llaneaba y entonces las caballerías andaban al paso, en otras ocasiones bajaba en ligera pendiente y los jinetes forzaban a sus monturas manteniéndolas al trote, con lo que aumentaban ligeramente la velocidad sin fatigarse en exceso. Y así anduvieron durante horas, avanzando millas y millas, haciendo únicamente un par de brevísimos altos técnicos para relevar a los animales y cubrir alguna necesidad fisiológica.

El camino tenía una anchura suficiente en casi todo el recorrido como para permitir el paso de dos monturas a la vez, así que, exceptuando los lugares donde aquel se estrechaba, la patrulla se disponía en columna de a dos, y los jinetes iban emparejados.

Se desplazaban por el interior de un denso bosque primero de robles y luego de castaños centenarios, cuyas frondosas copas, entrecruzadas las unas con las otras, impedían en ocasiones hasta ver el cielo, por lo que, en esos intervalos, les parecía avanzar por el interior de un lóbrego túnel a pesar del resplandeciente Sol de septiembre que lucía por encima.

A veces el bosque clareaba y desaparecía, y ese era el anuncio de la presencia de alguna minúscula aldea. Atravesaron varias, por supuesto totalmente desiertas. Habían sido tantas veces saqueadas que, en el mejor de los casos, sólo se mantenían en pie las paredes de piedra o adobe. La destrucción unas veces era obra del ejército cruzado, que dada la práctica inexistencia de una logística adecuada que les avituallara desde sus bases, se sustentaba, o bien de la colaboración forzada de los paisanos de aquel territorio o, en su defecto, del saqueo y pillaje. Así que otras veces eran los propios habitantes los que preferían ver consumirse pasto de las llamas sus tierras y hogares, antes que dejarse expoliar por el odiado ejército papal.

A la entrada o en la plaza central de algunos de los caseríos, podían verse, pendiendo de las retorcidas ramas de algún viejo árbol, los cadáveres de campesinos en distinto grado de descomposición. Las macabras escenas, no por acostumbradas, dejaban de provocar en el grupo de jinetes, sobre todo entre los más jóvenes y sensibles, sombríos sentimientos de desolación, tristeza y hasta terror.

En todo el camino recorrido hasta el momento, los únicos entes vivos con los que se habían cruzado eran las bandadas de hambrientos perros asilvestrados vagando en busca de alimento, que huían temerosos ante el estrépito que producía la aproximación de aquella jauría de hombres montados avanzando al trote, intuyendo que pudieran servir ellos mismos de alimento a aquellos monstruos civilizados.

Ferdinand, tras calcular que al paso que llevaban era posible alcanzar a los prófugos al atardecer, volvió a preocuparse con el tema de las armaduras. Lamentaba el no haber aprovechado el descanso anterior para ordenar ponérselas a los hombres. Era un error táctico que aún no había corregido, quizás porque se sentía un poco embotado, como si no pensara con claridad, y no sabía si podía ser la falta de sueño o al exceso de vino. Tanto durante la cena de ayer, como durante la comida de hoy, había bebido sin medida, y aunque generalmente aguantaba bastante, tal vez fuera ésta la causa de no estar actuando con demasiada agudeza.

Estaba ya el Sol próximo al ocaso, cuando se encontraron de bruces con un ancho camino que de nuevo cortaba perpendicularmente al que traían. Un viejo poste de madera señalaba hacia la izquierda Toulouse, hacia la derecha Carcassonne. La vía era de una anchura considerable, no menor de cinco varas, y estaba empedrada con grandes losas.

En aquel suelo tan duro, se complicaba un poco la tarea de encontrar el rastro de los herejes. Algunas pistas indicaban que se dirigían hacia Toulouse, que además era lo más lógico pues no distaba mucho y allí encontrarían un refugio seguro. Pero para que no cupiese duda, se procuró la colaboración del perdiguero de Marie, utilizando el oloroso pañuelo que encontrara el templario por la mañana.

El perro, tras olisquear brevemente la prenda y, posteriormente, dar unas pocas vueltas olfateando el aire y el suelo, se dirigió resueltamente hacia la izquierda. Los expedicionarios no perdieron un segundo en montar, cambiando de nuevo de cabalgadura con objeto de utilizar al animal más fresco, y partieron al trote, era necesario aprovechar el escaso tiempo de luz que les restaba. Los fugitivos no podían andar muy lejos, teniendo en cuenta la rapidez con que

“Polisson” dio con el rastro correcto.

Apenas habían recorrido una milla, cuando, al doblar un recodo del camino, las agudas vistas de Ferdinand y Adrien, que marchaban en cabeza, observaron en la distancia al primer ser humano vivo con que se cruzaban en todo el día. Un caminante venía en dirección contraria.

Los guerreros de cabeza pudieron apreciar que el individuo, al percibir el fragor que producía en el pavimento el pataleo de los caballos al trote, hizo además de esconderse entre la vegetación, pero luego debió de juzgar más prudente el dar la cara. Era demasiado tarde, su primera intención no había pasado inadvertida y aquel error le delataba.

Cuando estuvieron más cerca pudieron comprobar por su atuendo, cayado en mano, sombrero de ala ancha, un morral por todo equipaje... que se trataba de un peregrino, probablemente camino de vuelta de Santiago de Compostela.

Al llegar a su altura, Ferdinand levantó su brazo en señal de alto. Detuvo su caballo junto al desconocido y le saludó cortésmente:

- ¡Salud hombre de Dios!- dijo el Mariscal.

- ¡Salud caballeros!, el Altísimo os guarde de todo mal- respondió.

- Adivino que peregrináis en dirección a algún Santo Lugar, o quizá volvéis... ¿de Santiago? El atuendo os denuncia y más aún vuestra venera.

- Estáis en lo cierto caballero. A mi tierra me encamino procedente de Santiago de Compostela en Hispania, y a mi hogar espero llegar sí el Santo Apóstol me guarda.

- Yo también hice el Camino, de muchacho, fue una experiencia inolvidable. Estooo... ¡decidme, peregrino!, os habréis cruzado sin duda con un grupo de jinetes entre los que se encontraban algunos guerreros y también varias mujeres. ¿No es así?- preguntó Ferdinand.

- Puesss...- contestaba con aire de incertidumbre mientras meneaba y se rascaba la cabeza- ¡no, no me he cruzado con nadie!

- Pero- volvió a la carga el Mariscal empleando un tono aún más delicado- ¡haced memoria buen hombre! Se han tenido que cruzar con vos forzosamente, no hay otro camino.

- No se... ¿cuándo?, ¿hoy?- seguía meneando la cabeza y mirando al suelo, y los caballeros situados en la cabeza de la columna empezaban a perder la paciencia por momentos.

- ¡MIRA CABRONAZO!,- soltó Bernard de Fanjeaux, una de cuyas pocas virtudes no era precisamente la paciencia- no sé porque nos ocultas la verdad, pero más te vale que vayas haciendo memoria si no quieres que te la refresquemos nosotros.

El peregrino, asustado por el tono en el que se dirigían a él, agarraba con su mano izquierda la concha de vieira que colgaba de su cuello, como buscando en ella protección y también haciendo ver a sus interrogadores que estaba amparado por su condición y, si eran caballeros de bien, debían respetarle y no ocasionarle daño alguno.

Repentinamente, el mercenario de Bernard inició un inesperado movimiento desde la tercera fila, donde se encontraba, arrancando en breve trote hasta ponerse tan cerca del desconocido que casi le arrolla, éste retrocedió sobrecogido unos pasos. Richart descabalgó con idéntica celeridad, mientras el resto del grupo permanecía desconcertado ante la extraña maniobra. Agarró por sus vestiduras al caminante y le zarandeó mientras exclamaba:

- ¡HABLA MAMÓN O TE PARTO EN DOS!

A continuación, mientras le sujetaba por la pechera con una mano, con la otra le soltó un fortísimo bofetón que restalló en la cara del peregrino, y tras éste, un revés todavía más fuerte que le hizo caer al suelo sangrando por la nariz.

Los Flambó estaban pasmados viendo el trato, monstruoso a sus ojos, que estaba recibiendo el peregrino, más aún teniendo en cuenta que ellos no habían escuchado con claridad la conversación previa a la acción del sargento. Su instructor Ferdinand y su tío Adrien, contemplaban la escena impertérritos, para más perplejidad de los jóvenes. El primero en reaccionar fue Pierrot:

- ¡¿Pero qué está haciendo ese bellaco?!- dijo, al tiempo que espoleaba a su caballo para salvar el espacio que le separaba de la patética escena y tratar de detener al agresor.

El capitán, oyendo acercarse a Pierrot, cruzó su caballo para cortar el paso al de éste y, sin ni siquiera mirarle, levantó una mano en señal de que aguardase.

El desconocido caminante, se había levantado del suelo e intentó escabullirse hacia la

linde del bosque, pero Richart, más rápido, le agarró por el cuello de la camisa y le volvió a sacudir con la mano abierta en la nuca. La víctima, que se sentía perdida, gritó dramáticamente:

- ¡SOCORRO, ME MATAN!

Marie, conmovida y turbada, también quiso intervenir:

- ¡SUÉLTALE AHORA MISMO! ¡ES UN PEREGRINO!- vociferó, y luego, volviéndose hacia el capellán, que tenía a su espalda, trató de hacerle reaccionar- ¡Pater, es un peregrino! ¿Se está enterando?- después arrancó a su montura para acercarse igualmente al lugar de los hechos.

- ¡ES UN PEREGRINO!- se limitó a repetir el clérigo, sin saber a ciencia cierta por donde le soplaban el viento, ni cual se esperaba que fuese su papel.

Pierrot, que forcejeaba con su caballo contra el de su maestro a fin de abrirse paso, increpó a éste:

- ¿Cómo podéis permitir este crimen?

- ¡No somos una banda de forajidos!- exclamó “Bicho” en apoyo de su primo, mientras intentaba también franquearle.

- ¡Un momento cojones! ¡No va a pasar nada!- les respondió el capitán sin perder detalle de los acontecimientos, pronto para intervenir si fuera necesario.

Richart seguía sacudiendo al caminante, siempre con su mano abierta, por lo que Ferdinand entendía que los golpes no debían ser en principio peligrosos.

El individuo, tras permanecer unos momentos hecho un ovillo con la cabeza escondida entre sus brazos, tratando de capear la lluvia de tortazos que le prodigaban aquellas crueles e infatigables manos, creyó más prudente tirar la toalla:

- ¡Basta, por Dios! ¡Tened piedad,... hablaré!- mientras decía aquello, que repitió varias veces, lloraba intensamente, por lo que se le oía con cierta dificultad, aunque no tanta como para que el sargento mercenario no le entendiese, de modo que los siguientes manotazos fueron gratuitos.

- ¿CÓMO DICES? ¡NO TE ESCUCHO!

- ¡Hablaré!

- ¡MÁS ALTO, NO TE OIGO!

- ¡HABLARÉ!... ¡ELLOS ME OBLIGARON A MENTIR!

Dicho esto, que ya sí fue escuchado claramente por los jinetes, Richart interrumpió la paliza, quizás más por agotamiento que por falta de ganas de seguir atizando al pobre hombre. Se volvió entonces a mirar a sus compañeros con cierto aire de suficiencia, pudiéndose adivinar en el gesto de su rostro lo que pasaba por su cabeza: “¡aquí estoy yo pedazo de inútil, si no es por mí el pechero de mierda se ríe de todos vosotros, pese a vuestro golpe de “condes”!”. Después volteó a la víctima dejándola boca arriba. La sangre de la nariz se le había extendido por toda la cara. El sargento se sentó en su vientre, y demostró con un ademán de la mano su intención de seguir golpeándole si era necesario. Pierrot y Marie, desconcertados ante la revelación del peregrino, habían cejado en su intento de evitar la agresión.

- ¡Ellos me obligaron! ¡Me dieron una moneda de oro para que no le contase a nadie que los había visto, y me hicieron jurar que cumpliría mi palabra, y me dijeron que si faltaba al juramento daría con mis huesos en el infierno, y que si se enteraban vendrían a por mí y...!- explicaba el caminante de forma acelerada y entre gemidos.

- ¡A ver la moneda!- le interrumpió Richart.

El peregrino señaló el morral caído un poco más allá, y el sargento, alargando el brazo, lo recogió, lo abrió y volcó su contenido por el suelo sin ningún miramiento. El peregrino, estiró como pudo uno de sus brazos para hurgar un momento entre sus escasas pertenencias hasta encontrar una pequeña bolsa de cuero que le tendió al agresor. Éste la vació con igual delicadeza que la empleada con el zurrón y un puñado escaso de monedas de plata y cobre tintinearón al chocar con los adoquines. Entre ellas apareció la reluciente pieza de oro, al parecer un dinar musulmán, que le acababan de entregar los herejes.

El mercenario recogió ésta última y, una vez la tuvo en la mano, se levantó por fin de encima de su víctima, retirándose seguidamente hacia su caballo, como si diese ya por concluido el trabajo. La moneda en cuestión tenía bastante más valor que el resto de las pertenencias del peregrino, incluyendo la calderilla de plata y cobre.

Según cruzaba frente al capitán, Richart miró a éste con desdén, como esperando que le diese las gracias. Es cierto que Ferdinand se había aprovechado de las habilidades del mercenario para hacer cantar a cualquiera, pero de ahí a mostrarse agradecido o permitirle que le mirase como perdonándole la vida, existía un abismo.

- ¡Devuélvesela ahora mismo!- dijo el caballero con tal tono de autoridad y desafiante mirada, que Richart se quedó sorprendido, realmente no se esperaba esa orden.

- ¿Pero qué decís?... ¡No se la ha ganado!- contestó cínicamente el sargento, tratando de responder con humor a lo que deseaba fuera una broma del jefe de la patrulla, aunque sospechaba sobradamente que hablaba en serio.

- ¡Tú tampoco!

- Pero ha sido gracias a mí por lo que nos hemos enterado.

- Es tu trabajo y ya te paga por ello el caballero Bernard de Fanjeaux. ¡Devuélvele la moneda!

- ¡Es mía!, me ha costado mucho esfuerzo la tunda que le he propinado- respondió al tiempo que daba la espalda a Ferdinand y cogía las riendas de su caballo.

El Mariscal no podía seguir tolerando aquella insubordinación delante del resto de los hombres de la patrulla, eso tenía para él mucha más importancia que el hecho en sí de evitar el expolio del peregrino que en otras circunstancias quizá sí habría tolerado. De modo que volvió a insistir:

- ¡¿A qué dedicas tu tiempo libre, eres salteador de caminos?!- parecía cada vez más furioso- ¡DEVUÉLVESELA!... De lo contrario te trataré igual que lo haría con un bandido cualquiera- acompañó esta última frase con un muy ostensible desplazamiento de su mano hasta agarrar con ella la empuñadura de “Éclair”, su espada.

Richart le miró desafiante, resuelto a batirse con el capitán de la expedición. Pero se detuvo a evaluar por un instante la situación. Observó al resto de los jinetes cuyos semblantes mostraban una total animadversión hacia su persona, especialmente los rostros acusadores de los más jóvenes, y pensó que “por mierdas que sean, son diez contra uno... ¡entre ellos un templario!... mejor que no haga el capullo”.

Dedicó una mirada a su patrón para comprobar si al menos podía contar con su apoyo, y viendo su “bizarro” porte, lo adivinó tan postizo, que se descubrió completamente solo.

Sonó una vez más el rotundo y machacón “¡devuélvesela!” y pudo apreciar como el hidalgo Bernard asentía con la cabeza indicándole que hiciese caso de la orden del jefe franco. Entonces tiró la moneda con rabia hacia su dueño dándole con ella en la cabeza, tras lo que se alejó un trecho camino adelante seguido por sus dos caballos a los que arrastraba por las riendas. Pero no se apartó demasiado del grupo, de manera que podía vérselo encendido de ira a causa de la humillación sufrida.

Ferdinand desmontó, y con él el resto de los jinetes, y se acercó al peregrino.

- ¡Señor François, atiende a este hombre por favor!- solicitó el caballero los cuidados del físico.

Luego se agachó para recoger la moneda que Richart había tratado de arrebatar al peregrino y la miró con embeleso, a continuación se sentó junto a éste y le rodeó los hombros con uno de sus brazos mientras con la mano libre le mostraba la moneda.

- ¡Tomadla! Es cierto que no os la habéis ganado, pero eso es problema de ellos.- se la entregó- ¡Phelipot, trae tu mejor vino! Vamos a invitarle a un trago a nuestro amigo.

El escudero de Ferdinand acercó al caballero uno de sus odres. Al alargar el brazo para recogerlo, el capitán se dio perfecta cuenta de que aquel pellejo era donde “Gordo” portaba el vino más peleón. Hubo un intercambio de miradas entre ambos hombres, Ferdinand arqueó una ceja y le miró con gesto desabrido que al instante se transformó en una mueca de complicidad. El escudero, al encogerse de hombros y negar levemente con su cabeza, dio a entender a su jefe que para dar gusto al paladar de aquel tipo valía cualquier cosa.

Entre tanto, el señor François empezó a curar a la víctima. Le lavó la cara con un lienzo humedecido en agua, le taponó uno de los orificios de la nariz con algodón empapado en vinagre y espolvoreado con ciertas cenizas a fin de cortar la hemorragia, le aplicó cera, después de habérselos enjugado con alcohol, en varios cortes de los labios y mejillas ocasionados por algún anillo de las manos del sargento...

- ¡Vamos señor peregrino!, pruebe este “elixir” de nuestra tierra, verá que pronto se le borran sus penas.- le tendía el capitán la bota tras haberla él mismo catado y comprobado que no era tan malo, el peor vino de su escudero no era nunca despreciable.

El peregrino echó un buen trago del odre sujetándolo con sus manos aún temblorosas. Ferdinand no paraba de hacer esfuerzos para congraciarse con el caminante, lo siguiente fue acercarse a su caballo y extraer de la bolsa que le entregara el Conde, uno de los denarios de plata, moneda que al cambio podía valer unas cien veces menos que aquella con la que le habían comprado los herejes, pero aún así, no representaba una cantidad nada despreciable. Se la mostró.

- Venga amigo, haced memoria. Os podéis ganar, ahora sí, otra moneda, solo tenéis que decidme cuántos guerreros había en ese grupo, y describidmelos si podéis. Pero antes quisiera saber cuando los habéis visto- le preguntaba utilizando un tono reconciliador.

El peregrino, aún gimoteaba, y el médico continuaba atendiéndole situado de rodillas frente a él.

- Entrada la tarde.- contestó tímidamente y casi en un susurro- Llevaban armadura creo que cuatro.

Los cruzados se fueron acercando para oír mejor su declaración. Adrien, Bernard, Pierrot, Paul, Marie, Charles y Phelipot formaban un semicírculo alrededor del trío formado por el Mariscal, el caminante y el médico. El resto de los escuderos y criados permanecían más retirados, junto a los caballos, pero no perdían tampoco comba de lo que estaba pasando, eran todo oídos. Incluso Richart, ya más sereno, se iba aproximando para escuchar con mayor nitidez.

- ¿Cuatro? ¡Vamos, intentad recordar! ¿Cómo eran? ¡Describidmelos!

- Sí,... uno de ellos, de los guerreros, era un anciano. Tenía unos bigotes blancos muy largos y como tiesos, así- se los dibujó en el aire con las manos- Era curioso, porque además pude notar que le faltaba una pierna, llevaba un palo en su lugar.

- ¡Un anciano con pata de palo!- Repitieron varios de los presentes al unísono, con mezcla de sorpresa e hilaridad.

- ¡El viejo Otto!- comentó Bernard de Fanjeaux con cierto matiz de alegría que inmediatamente trato de corregir- Es... o era, mejor dicho, el Alcaide de Almir.

- Ahora que lo decís... me suena, sí, sería el anciano con ese bigote exagerado, blanco y enhiesto, que se paseaba por el adarve y parecía dirigir la defensa, sí... recuerdo que cojeaba. ¿Lo conocéis hace tiempo?- interrogó el capitán al hermanastro del Conde hereje.

- ¡Ya lo creo! Más de veinte años quizás, sirvió a mi padrastro y luego ha continuado con su hijo. No era un mal hombre, y desde luego le recuerdo como un gran guerrero, a pesar de faltarle una pierna.- se volvió hacia el templario- Perteneció a la Orden del Hospital.

- ¿Sí? Pues no es corriente que alguien ingrese en estas congregaciones y luego se vaya de ellas. ¿Le expulsaron?- interrogó Adrien.

- No, perdió la pierna en la batalla de Hattin, así que prefirió licenciarse a desempeñar las labores que le ofrecían en su comunidad.

Por la cabeza de casi todos paso el nombre de aquella desgraciada acción en la que el sultán Saladino había barrido al ejército latino en Tierra Santa, recuperando a consecuencia de ella Jerusalén.

- ¿Pero escapó alguno con vida?- Demandó Marie, que había escuchado en alguna ocasión que todos los monjes guerreros participantes en aquella matanza habían perecido, bien durante la lucha, bien decapitados los que cayeron prisioneros, pues el Sultán, magnánimo con el resto de cautivos, no quiso apiadarse de los que militaban en Órdenes religiosas.

- Alguno se salvó, y además yo nunca he dudado de su palabra- respondió el hidalgo Bernard.

- ¿Y qué edad puede tener?- le interpeló ahora Ferdinand.

- Pues no sé exactamente, pero ya era viejo cuando lo contrató mi padrastro. Quizá cerca de setenta, es como... - iba a señalar hacia donde creía que estaba el caballero Charles, pero al advertir que se hallaba justo a su lado, disimuló para no herirle con lo que pensaba a continuación decir - ... ¡muy mayor!... No creo que ofrezca ningún peligro en la actualidad. El fue... - quiso decir un maestro y un amigo para él, pero resultaba un tanto inoportuno

mencionarlo ahora, en su lugar les informo de su nacionalidad-... es sajón, germano.

- Por muy sajón que sea y muy monje hospitalario que haya sido, la catadura moral del individuo no deja lugar a dudas: El responsable del castro, como Alcaide que era, huye de la ratonera dejando vendidos a los suyos- comentó con su voz cascada el desdentado Charles- ¡A ese dejádmelo a mí! Yo le ajustaré las cuentas...

Los jóvenes rieron, Bernard calló y Ferdinand continuó con el interrogatorio:

- ¡Prosiga amigo!, ¿a quien más recuerda?

Al peregrino, que se iba animando con el vinillo, y cuya conciencia se tranquilizó un tanto viendo que aquel caballero conocía a la gente del primer grupo, empezó a refrescarse la memoria y a soltarse la lengua. Algo tenía que ver también la visión de la moneda de plata que el capitán hacía saltar en su mano.

- Eeh... sí, recuerdo también a dos gigantes guerreros parecidos como gotas de agua. Jóvenes, casi imberbes aún, pero extraordinariamente altos y corpulentos.

- ¡Los gemelos!- exclamó Bernard, y todos miraron hacia él, ansiosos por escuchar sus aclaraciones- Son Jean y Michel, dos hermanos gemelos, sobrinos de mi hermanastro, o más exactamente de su esposa- y viendo que los presentes estaban un poco impresionados con las descripciones del caminante, trató de quitar un poco de hierro al asunto- No, no son nada del otro mundo, dos niños sin experiencia, deben tener apenas unos dieciséis o diecisiete años, unos mocosos.

Fue Marie la que se sintió ahora ofendida, pues esa era su edad. Dedicó una furiosa mirada al traidor occitano.

- ¿Pero son tan altos?- preguntó Paul preocupado.

- ¡Sí, lo son bastante!- contestó Bernard.

- ¿Cómo de altos?- insistió, y algún malpensado especuló en si su interés iría por otros derroteros que los meramente bélicos.

- ¡Y qué cojones importa! Ya lo has oído, dos pavos que no saben por donde se sujeta una maza. ¡Continuad por favor! ¿Qué más caballeros había?- Ferdinand quiso cortar de raíz con la polémica sobre la estatura de los gemelos.

- Puesss... -se rascaba la cabeza mientras trataba de recordar- ¡Claro!, también estaba el amable caballero que me dio la moneda para que guardase silencio... ¡Ah!, y había otro más, el bajito.

- Entonces eran cinco- apostilló el templario.

- ¡Sí, cinco!

Aquel pequeño aumento en el número de guerreros fugitivos creó cierta desazón entre los más pusilánimes del grupo, a la cabeza de los cuales estaba sin duda el primogénito del Conde de Etelnon.

Conociendo a su pupilo mejor que su propio padre, Ferdinand, a fin de animarle a él y a los otros, fanfarroneó:

- ¡Hombre!, me alegro de que sean cinco, porque yo necesito batirme al menos con cuatro para quedarme a gusto, así que el que sobra os lo podéis rifar entre los demás.

La gente rió confortada por la bravuconada de su líder y Marie quiso redondear la broma:

- Yo sé de uno que no pagará un denario para entrar en la rifa- y dio un cariñoso codazo a su hermano.

Nuevas carcajadas elevaron un poco más la moral de los cruzados.

- ¡Seguid, seguid contando! ¿Cómo era el que os dio el dinar?- volvió el capitán a la carga.

- Era un individuo de mediana estatura, pero muy fornido, con una barba castaña muy crecida y rizada- señaló con su mano hasta donde le llegaba la barba- La mirada de sus ojos, intensamente azules, tenía algo de especial, era cálida... transparente. Algo me decía que era un caballero de bien incapaz de hacerme daño, podía estar tranquilo a su lado. Y su voz... era también muy especial, grave, pero al mismo tiempo...

- ¡Basta, basta!- le interrumpió el Mariscal un tanto indignado por el panegírico hecho al enemigo- ¿Sabéis de quién puede hablar?- consultó al hidalgo occitano.

- ¡Conmovedora la descripción que hace este hijo puta de los herejes!- se oyó casi a la

vez la áspera voz de Richart metiendo baza desde más lejos- ¡Pocas hostias le he dado!

En realidad casi todos los presentes, oyéndole hablar, pensaron que el peregrino no era trigo limpio. Uno de los que no tuvo esa opinión, fue precisamente el patrón del mercenario, Bernard, que, bien al contrario, estaba ligeramente emocionado aunque se esforzó en no mostrar públicamente sus sentimientos, él conocía al personaje descrito.

A pesar de coincidir en parte con el juicio del repelente sargento, Ferdinand no estaba dispuesto a darle la más mínima concesión.

- ¡PERMANECE CALLADO CENUTRIO! ¡No nos interesa tu opinión!- le gritó encrespado el capitán.

Casi todos pudieron entender un “chúpame el culo”, entre otros improperios, algunos relacionados con los antepasados de Ferdinand de Ardenay, que salieron por la boca de Richart durante un rato, hasta que su interés por enterarse del interrogatorio le obligó a dejar de despotricar. No podía imaginarse el mercenario el placer que su tono contenido y casi medroso proporcionaba al Mariscal.

- ¿Herejes? ¡No lo sabía!- se excusó, mintiendo de nuevo, el peregrino, pero nadie le prestaba atención pues su público estaba pendiente de la respuesta de Bernard al que veían pensativo.

- Me parece que sé de quién habla- dijo muy solemnemente- Pero decidme, ¿con qué figura adornaba su sobreveste- interrogó de nuevo al caminante al tiempo que señalaba su propio blasón para que éste entendiera a que se refería.

- ¡Una mano!, así abierta, una gran mano, creo que amarilla sobre una prenda de color azul.

- Bueno, pero esto, supongo, sería común a todos los guerreros del grupo,- comentó el capitán- ¿no es así?

- ¡Sí, es cierto!- contestó el peregrino.

- Pero llevaría también sobre el yelmo una cimera, unos plumeros de esos mismos colores, amarillo y azul, ¿verdad que sí?- Insistió el hermanastro del hereje.

- ¡Sí! Llevaba esos bellos adornos sobre su casco,... los otros hombres no- afirmó el interpelado.

Miraron los presentes de nuevo al hidalgo Bernard de Fanjeaux, que permanecía callado, reflexionando sobre lo que iba a anunciar, y probablemente disfrutando de ser el centro de atención de todos, celebrándolo su vanidad con la asunción de cierta pose teatral.

- ¡Tiene que ser él!, mi hermanastro Gerard, el Conde de Almir.

De ser aquello cierto, se confirmaban las teorías del Conde de Etelnon, el noble se había escapado con un grupo de íntimos. Y si su hermanastro, Bernard, tenía razón en el sentido de que sólo un poderoso motivo podía haberle llevado a abandonar a los suyos, era bastante verosímil que existieran ambos tesoros, o al menos alguno de ellos, y que los llevase consigo.

Toda una suerte de sentimientos y emociones se apoderó de los componentes del grupo: La ambición de gloria espiritual o mundana, el deseo de fama, la avaricia... en definitiva un abanico de altas y bajas pasiones se manifestaron en los cruzados según el caso particular de cada uno, acompañadas en general por un profundo sobrecogimiento dado el respeto y temor que les inspiraba la empresa que tenían que acometer: ¡arrebatarse esos tesoros a sus actuales poseedores!

La gente guardaba un silencio sepulcral en espera de que continuase el apasionante interrogatorio que les estaba dando a conocer a sus futuros antagonistas.

- Y el quinto caballero, ¿cómo era?- inquirió de nuevo Ferdinand al desconocido.

- Pequeño, muy moreno,... llevaba el rostro afeitado...

Bernard se frotaba la barbilla intentando recordar por sus señas de quien podía tratarse:

- ¿Llevaba el pelo muy corto, rapada la nuca como...?- el hermanastro señaló hacia el escudero Rimont, que llevaba ese tipo de corte.

- ¡Sí, igual!, así, con ese flequillo- confirmó el peregrino.

- Creo que puede tratarse de un caballero castellano al servicio del Conde, Martín se llama. Martín de Cabalso o de Cadafalso, algo así.

- ¿Un castellano... de Castilla? ¿Qué hace aquí?- Se interesó el capitán.

- Es una especie de mercenario, un caballero en busca de fortuna, lleva pocos años al

servicio del Conde.

- ¿Es bueno con las armas?- interrogó Marie.

- Yo diría que sí, bastante, a pesar de que a primera vista su estatura haga pensar lo contrario. ¡Uno de los mejores hombres del Conde!

Oír aquello significó un nuevo jarro de agua fría sobre los expedicionarios, aunque ahora nadie hizo comentario alguno.

- ¡Venga amigo!, ¿qué más gente había en ese grupo?- comenzó a preguntar de nuevo el Mariscal- ¿Había mujeres?

- Sí, si las había. Recuerdo especialmente a dos. Una por su juventud y belleza. Esa iba vestida como una gran dama, tenía una piel blanquísima, y unos ojos... ¡como luceros! Y la supongo muy rubia, aunque el cabello como es normal lo llevaba oculto bajo su sombrero y el velo.

- ¿La Condesa tal vez?- interrumpió Ferdinand al peregrino para conocer la opinión del hermanastro.

- Probablemente sea ella, si es tan bella, joven y pálida como él dice.

- ¿Y la otra...?

- La otra me sorprendió porque vestía muy raro. Tampoco era fea, pero sí más mayor que la gran dama. Tenía el pelo muy negro y largo, y lo llevaba suelto, al aire. Ella era muy morena, parecía casi una sarracena.

Miraron a Bernard en espera de una respuesta, éste indagó un poco más:

- ¿Decís que vestía raro por llevar una especie de saya malva y un ancho cinturón, por adornar su pecho con unos extraños colgantes...?

- Sí, me parece que así iba.

El hidalgo occitano había fruncido el ceño, y parecía que fuera por preocupación verdadera y no por hacer comedia. Tardó un poco más que otras veces en aclarar de quien podía tratarse.

- Sospecho que sea una proscrita que ha cobijado el Conde recientemente.

- ¿Una hereje importante?- preguntó Pierrot.

- ¡No!, no es una hereje, es algo más raro. Una especie de sacerdotisa pagana, hablando claramente... lo que se llama una bruja.

Aquella alarmante palabra, produjo mayor efecto entre los presentes que si el peregrino les hubiese revelado que en lugar de cinco eran veinte los guerreros a los que tenían que enfrentarse, pues tanto era el temor supersticioso que albergaban aquellos ignorantes corazones.

- Pero, ¿por qué la ha protegido el Conde?, ¿qué tiene que ver con la causa que él defiende?- Inquirió Marie.

- Ten en cuenta que la represión que están llevando a cabo nuestras huestes y nuestro clero,- respondió Bernard- no se puede limitar a los malos cristianos si es que queremos dejar realmente limpio el Languedoc. También se persigue a los judíos, a los paganos y a toda la mala hierba que crece por doquier. Así que todos estos elementos huyen y se refugian donde pueden. Y como mi pariente había transformado nuestro solar en un nido de víboras, ¿qué te puede extrañar que le acompañe esa mujer?

- La cosa se complica un tanto, ¿no?- argumentó Paul- No se trata ya sólo de enfrentarnos a unos cuantos guerreros, ¿cómo nos vamos a defender de los hechizos y encantos que pueda dirigir contra nosotros la fulana esa?

- Pero... ¡qué cojones, Paul! ¡No seas tan melindre!- respondió, alzando el volumen de su voz, el encolerizado el capitán - ¿No creerás en supercherías de esas? Te tengo por un joven instruido, si no, ¿qué coño te han enseñado tus mayores? ¡Todo eso de los poderes sobrenaturales son memeces, historias para sandios e ignorantes!

En el fondo, la mayoría de los que estaban escuchando tenían la misma sensación de intranquilidad, pero el pudor les impedía confesar las mismas debilidades del joven Flambó, quien, acostumbrado a que pensarán mal de él, no tenía reparos en exponer.

- Esto aclara bastante las cosas- dijo Adrien gravemente- Ya sabemos con seguridad que ellos están de parte del Mal. No sólo son herejes, malos cristianos que se han dejado embaucar por Satanás, sino que entre sus filas hay auténticos servidores de una religión que le adora directamente- miró a su sobrino- No tienes nada que temer Paul, nosotros estamos de parte del

Bien, El Señor nos ampara y Su Poder no tiene rival.

- ¡No me refería precisamente a eso!- masculló entre dientes Ferdinand mientras miraba hacia el cielo y en su semblante se dibujaba un perceptible gesto de escepticismo.

Pierrot, que había captado en seguida el significado de aquel comentario de su maestro a las palabras de su tío, añadió en un tono patentemente irónico:

- ¡Sí, estamos bien amparados!, para eso llevamos al padre Johannes, para que nos proteja de todo mal. ¿No es así pater?

Los más próximos al peregrino, volvieron sus cabezas buscando al sacerdote. Detrás de ellos estaban los demás escuderos y criados formando una segunda fila, pero no el capellán. Los auxiliares se giraron también, buscando al aludido a sus espaldas. Y le descubrieron allá lejos, sentado, apoyado contra un árbol, bebiendo de su bota y ajeno totalmente al interrogatorio.

Pierrot soltó una carcajada maliciosa, a la que se sumó Phelipot y alguno más. Otros se limitaron a sonreír. Pero al templario, a Marie y a su escudero Rimont, a Charles y en definitiva a los más religiosos del grupo, incluido, aunque sólo lo fuera en apariencia, Bernard de Fanjeaux, se les entristeció el semblante. Ferdinand se inflamó de ira:

- ¡PATER, ACÉRQUESE INMEDIATAMENTE, COJONES!- muchos se extrañaban del poquísimo respeto que su jefe mostraba por aquel hombre que, por negado que fuese, no dejaba de ser un servidor de la Iglesia.

- Pero, ¿qué ocurre?- contestó sorprendido- ¡Voy, voy en seguida!- continuó diciendo, al tiempo que se levantaba torpemente y se acercaba luego con rápidos e inseguros pasos.

- ¡Que lo que se está hablando aquí nos concierne a todos, y a vos especialmente!- Le reprendió indignado el capitán.

El disgusto de Ferdinand era en parte fingido, un poco de cara a la galería, pues la presencia del capellán, superflua para él, solo podía considerarla importante como sostén de la moral de aquellos de los suyos para los que sus oficios eran esenciales. Pero, en ese concreto momento, se trataba además del mantenimiento de la disciplina frente a cualquier componente del grupo, fuese quien fuese.

- ¡Pierrot!, debía preocuparte más lo de la lucha contra el Mal. Éste por desgracia existe, y sólo mediante el Bien podemos vencerle. Tú solo, por listo que te creas, nunca podrías con él- señaló muy solemnemente el templario a su sobrino.

Había utilizado un tono tan grave, que quedó Pierrot un tanto perplejo, sin saber que decir. Pero fue sólo por un instante. Es lógico que su tío le desconcertara, no había tratado demasiado con él, y en las pocas ocasiones en que lo veía, apenas hablaban, así que cuando oía alguno de sus aforismos, y más si utilizaba ese matiz de autoridad que acababa de emplear, era como para tomarle muy en serio. Sin embargo, una vez pasado el estupor inicial, se le agolparon en la cabeza un sinfín de argumentos con los que creía poder arroyar a su tío, si no fuera porque el enorme respeto que le profesaba le hacía parecer más prudente el guardárselos para sí.

Su principal manifestación habría sido el pedirle que demostrara cual de los dos bandos implicados en aquella guerra era realmente el que representaba al “Bien“, por que a la hora de hacer balance de maldades, los cruzados católicos ganaban por abrumadora mayoría. Frente a unos cuantos asesinatos efectuados por los “malos“, teníamos que hablar de hogueras, torturas y mutilaciones obsequio de los “buenos“, y ello haciendo sólo referencia a la represión ejercida sobre los vencidos, y no contando con los horrores anejos a toda guerra: violaciones, saqueos, expoliaciones,... que nada tienen que ver con las carnicerías propias de los combates.

- ¿Qué más mujeres recordáis?- continuó el Mariscal preguntando al peregrino.

- Alguna más había... pero... no logro recordar- respondió éste tras unos momentos de vacilación- ¡Sí!,... una en concreto... llevaba un hábito negro... era más vieja que las otras... y muy menuda.

- ¿Una “perfecta”?- le interrumpió Ferdinand dirigiéndose a Bernard.

- Probablemente, se refugiaban varias en Almir- manifestó el hermanastro del protector de herejes.

- Puede que hubiera otra mujer más, pero no me llamó la atención,... nada recuerdo de ella... ¿O sí?... Sí había una más gorda que las otras- añadió el caminante.

- ¿Vestía de alguna forma particular?- sondeó de nuevo el capitán.

- No lo recuerdo- respondió.

- ¡Habladme entonces del resto de los hombres! Seguramente había algunos sin armas como criados o sacerdotes herejes- reiteró Ferdinand.

Aquella machacona insistencia sobre la composición detallada del grupo de fugitivos, acabó con la santa paciencia del templario, que estaba ansioso por partir en su persecución y pensaba que el largo interrogatorio les estaba haciendo perder un tiempo precioso. Adrien hacía tiempo que se daba cuenta de la deliberada lentitud con que procedía el capitán, incluso antes de la confesión que le hiciera sobre sus dudas en la capacidad de la mayor parte de sus hombres para llevar a cabo la empresa, pero a su juicio se empezaba a pasar de la raya, así que le impidió continuar:

- ¡Ferdinand!, no creéis que ya va siendo hora de ponerse en marcha, nos vamos a quedar sin luz.

- Es la última pregunta fray Adrien, pretendo que tengamos la máxima información posible sobre nuestros enemigos- al tiempo que se ponía de pie dando a entender que ya se iban, insistió de nuevo al peregrino- ¡Contestad mi pregunta, por favor!

- Sí, había varios hombres que no llevaban armadura, pero poco os puedo decir de ellos: eran tres o cuatro y algunos de ellos vestían también el hábito negro.

- ¡Francamente amigo, os debo felicitar por vuestra extraordinaria memoria! No sé como habéis sido capaz de dar tanto detalle. ¡Sois muy observador!- le alabó el capitán de los cruzados, y después ordenó con energía- ¡A LOS CABALLOS!- se volvió una vez más hacia el confidente y le interpeló - ¿Cómo dijisteis que os llamabais?

- No me lo habéis preguntado hasta ahora. Ernoule.

- ¡Amigo Ernoule, nos habéis hecho un gran servicio!

El Mariscal se encaminó entonces hacia su caballo, y el peregrino observó con pena como se alejaba, siguiendo a su dueño, la mano que había sostenido la moneda, ahora bien cerrada. El templario se dio cuenta del detalle y se apresuró a recordarle a Ferdinand su promesa:

- ¿No se os olvida algo, Mariscal?

Éste le miro extraño, pero se percató del asunto en cuanto Adrien le señaló con un gesto de la cabeza la dirección de su puño. El capitán dudó por un momento, mas optó finalmente por cumplir su palabra a pesar del considerable valor de la moneda de plata. Se acercó de nuevo al caminante y se la entregó. Ernoule hizo ademán de arrodillarse y besarle las manos en señal de agradecimiento, cosa que el Mariscal le impidió llevar a cabo.

A continuación montó ágilmente en su corcel, y desde allí tornó a dirigirse al peregrino:

- ¿Necesitáis algo? ¿Queréis pasar la noche con nosotros? El bosque es bastante peligroso.

- ¡Ya, ya lo creo!- la contestación tenía un tufillo de reproche- ¡No!, prefiero continuar, en realidad no voy solo. Me entretuve un momento y el encuentro con la gente a la que perseguís, y luego con vuestras señorías, me ha rezagado aún más. Pero me tienen que estar aguardando donde hayan acampado para pasar la noche. ¡Perded cuidado!

- ¡Perdonadnos e id con Dios!- se despidió Ferdinand.

- ¡Que Él os guarde también!- y luego, aprovechando que ya los guerreros habían espoleado a sus monturas y el pataleo de los cascos le tapaba la voz, terminó diciendo- ¡Y libre al mundo de gente de vuestra calaña!

Los dieciocho jinetes y sus numerosas cabalgaduras, avanzando a un aire de trote, desaparecieron rápidamente de la vista del afortunado caminante, que ya con haber salvado la vida podía estar agradecido.

## 2.4

Estaba ya anocheciendo cuando hicieron alto en un calvero que se extendía a ambos lados de la calzada. El lugar, amén de despejado de árboles, parecía allanado por humanas manos pues se debía utilizar como pequeña cantera para la extracción de arena y guijarros. Fuera del oscuro bosque, la noche se anunciaba clara y estrellada, con un hermoso cuarto creciente.

No era muy amplio, pero sí lo suficiente para acomodar los animales a un lado del

camino mientras reservaban el otro lado para acampar los propios expedicionarios.

Ferdinand casi se alegraba de no haberse topado aún con los herejes, entre otras cosas, por el tema de las armaduras, pero intuía que no deberían estar demasiado lejos. Al día siguiente los darían alcance seguro, así que partirían adecuadamente equipados desde primera hora con vistas al probable combate.

La gente, agotada tras cabalgar durante horas, agradeció la detención y, reconfortados por la idea de la cena y el posterior descanso nocturno, también recuperaron los ánimos, reanudándose las conversaciones y las bromas.

Como siempre, la primera tarea a realizar fue el liberar de las sillas y atalajes a los caballos y mulas, limpiarles los cascotes, conducirles a abreviar a un arroyuelo que habían dejado un poco más atrás, y por último darles de comer. Esta vez, para que recuperasen un tanto las energías gastadas, hicieron uso del grano que traían sirviéndolo en los morrales de cada bestia.

Aunque la cena que Geubert preparaba, por falta de tiempo para hacer otra cosa, era fría, a base de pan blanco, sardinas y queso, amén de manzanas, prepararon un par de buenos fuegos, uno a la izquierda y otro a la derecha del camino, con objeto de alejar a las fieras que pudieran merodear por los alrededores y sosegar sus propios espíritus del ancestral terror a la oscuridad.

Cuando acabaron las distintas tareas, se sentaron alrededor de una de las fogatas procediéndose al reparto del pan y a la bendición canónica.

El Mariscal animó a sus hombres:

- ¡Mañana será el gran día! Les alcanzaremos, les venceremos si oponen resistencia, y volveremos con los que sobrevivan a nuestro campamento, o a Muret si los nuestros se han marchado ya para allí. El tesoro, si en verdad existe y se encuentra en su poder, lo llevaremos con nosotros y se lo ofreceremos a nuestro Conde, que os aseguro sabrá repartirlo equitativamente. Si tienen la Reliquia, pues también será él quien decida a quien se le debe entregar para su custodia- hizo una pausa para dirigirse especialmente a los jóvenes- ¿Os imagináis algún día llevándola hasta Roma y entregándosela al mismísimo Santo Padre?

Ferdinand decía esto último, no porque le importase en modo alguno ese honor, sino con vistas a alentar a los más fervorosos del equipo, esto es: Marie, Rimont... también por supuesto al templario. En ellos podía descubrirse ahora el brillo especial que en sus ojos causaba esa ilusión.

- Todo esto, señor, si los alcanzamos nosotros solos, pero ¿qué pasaría si el grupo de voluntarios que haya salido tras nosotros se nos une antes del combate o, lo que es peor, cuando regresemos con nuestros prisioneros y nuestro tesoro?- preguntó al capitán el cerebral Aubert, siempre pendiente de hacer balance entre los pros y los contras.

- ¡No tenéis nada que temer! Si nos alcanzan antes, tendremos que repartir con ellos, por descontado, pero si nos encuentran después, deberán respetar nuestra captura y nosotros les obsequiaremos, si ha lugar, con lo que buenamente queramos. No temáis que puedan intentar despojarnos de lo que hayamos conseguido con nuestro esfuerzo, aparte de que no sería legal, recordad que en el mismo grupo vendrán también algunos de los nuestros, quizá con el propio Conde a la cabeza.

- ¿Qué pasará con los herejes?- la voz crítica del grupo, la del altruista y platónico "Aristo", es decir Pierrot, se dejó oír, y el hermanastro del Conde de Almir agudizó los oídos.

- Aquellos que opongan resistencia serán reducidos. Si resisten hasta la muerte, es problema de ellos, pero os aseguro que una vez que se rindan, está en mi ánimo el no hacerles el menor daño, y como os conozco, a casi todos, doy por sentado que no les haréis más daño del que sea necesario. Tampoco es nuestra misión juzgarlos ni ajusticiarlos, ya se encargaran de ello los tribunales eclesiásticos. Espero señor Bernard que vos seáis de mi misma opinión.

- ¡Por supuesto!- respondió éste- mi intención es simplemente recuperar lo que me pertenece.

Las palabras del hidalgo occitano parecían sinceras en lo concerniente a no dañar a los fugitivos más de lo preciso, sin embargo a Ferdinand le sonaba muy mal el final de la frase.

- Querréis decir que buscáis la parte que os corresponda en el reparto, en el caso de que haya algo que repartir- le corrigió el Mariscal.

- ¡Claro! Eso quería decir- contestó, pero no convenció en absoluto a Ferdinand que

podía leer en la expresión de su rostro cierto cinismo.

- Y tú, Richart, ¿me has entendido?

- ¡Oh sí! Seremos muy bondadosos con ellos- confirmó el sargento en un tono sarcástico.

- Veo que me sigues sin entender, pero no te preocupes, lo acabarás consiguiendo.

Por toda respuesta, Richart dejó escapar un sonoro eructo y la gente se quedó pasmada y muda por un instante, no por ser infrecuentes aquel tipo de flatulencias, sino porque debía considerarse, sin lugar a dudas, la irreverente réplica de un infame mercenario a la amonestación de un alto dignatario condal. Pero, casi de inmediato, el escudero Phelipot soltó un potente y prolongado regüeldo que dejó en ridículo al que poco antes emitiese el sargento de Bernard. Esto produjo de inmediato un estallido de carcajadas entre los presentes que disipó en un momento la tensión del ambiente, el mismo capitán se sonrió. Al único que no le debió hacer ninguna gracia fue a Richart, y tampoco quizá a su patrón, el estirado hidalgo occitano.

Sin duda que el “Gordo”, un consumado experto en la confección de todo tipo de ventosidades y otra suerte de sonidos, se había esmerado en la demostración de sus habilidades para, superando la provocadora respuesta dada a su jefe, reforzar el liderazgo de éste de cara a aquellos dos foráneos.

A partir de ahí, superado aquel momento de turbación, la conversación fue por otros derroteros y terminó atomizándose en comadreos entre pequeños grupos.

Ya estaban terminando la cena, cuando el capitán volvió a reclamar su atención.

- Para el servicio de vigilancia de noche, nombraremos cuatro velas en lugar de tres, de modo que los relevos serán cada dos horas. Vamos a entrar en el turno todos los hombres de armas y ahora echaremos a suerte para ver quien empieza. A partir del que salga elegido, los siguientes le seguirán por orden de edad, de joven a viejo ¿Qué os parece?- terminó el Mariscal emitiendo una de aquellas preguntas que sabían sus hombres, por experiencia, eran meramente formales.

- ¿Insinuáis que entremos todos, caballeros y escuderos, en un mismo turno de guardias?- interrogó Bernard sorprendido- ¡Por Dios habéis perdido el juicio! ¡Y mientras los criados durmiendo a pierna suelta!

- ¡Tal vez deseáis que los siervos y el médico cojan nuestras espadas y velen la noche para asegurar nuestro descanso!- le respondió el capitán.

- ¡No, tampoco digo eso! Pero el servicio de vigilancia es más propio de los escuderos y del sargento.

- Son cinco personas, mañana habrá que montar de nuevo el servicio y quizá también pasado, y puede que al otro... No estoy dispuesto a que no puedan dormir ninguna noche entera para que nosotros estemos bien descansados. ¡Las cosas se harán como yo digo!

- ¡Bueno, pues en ese caso, sumados vos al turno, y también esos tres mocosos!- dijo señalando a los Flambó- pero yo, a mi edad... ya he hecho bastantes guardias. ¿No opináis igual señor Charles?

- ¡No!, yo haré el turno que me corresponda- contestó el anciano con su voz cascada.

- ¡Debería daros vergüenza señor Bernard!- replicó Marie ofendida por el despectivo tratamiento de “mocosos” empleado por el hermanastro del hereje- Siempre tratando de estar por encima de los demás y ahora escurriendo el bulto para hacer lo menos posible.

- ¡”Bicho” no te enteras! No sabe qué significa eso que dices debería darle- se atrevió a argüir Pierrot.

- ¡Ten cuidadito joven y mide tus palabras! No te conozco de nada, ni tú a mí. No voy a tolerar otra falta de respeto- le amenazó el hidalgo ofendido- ¡Mantened sujetos a vuestros polluelos Mariscal!, me parece que no han mamado lo del respeto a sus mayores, y un día se van a encontrar con lo que no se esperan.

- ¡Esto queda zanjado!- manifestó finalmente Ferdinand en un tono áspero y muy convincente- ¡Yo voy a hacer guardia nocturna, y si yo la hago, todos los demás que ciñen espada en este grupo la van a hacer! ¡El que no esté de acuerdo, que recoja sus pertenencias y caballos, y que se vaya! ¡Aquí nadie va a velar su sueño!

- ¡Esta mesnada de mierdas!... - farfulló entre dientes Bernard de Fanjeaux mientras agachaba la cabeza.

Su postrero silencio dio a entender que pasaba por el aro.

- ¡Procedamos a echar a suertes!- dijo Ferdinand al tiempo que se levantaba llevando en la mano unas pajitas que preparaba hacía rato- Este método es mi preferido. Ya sabéis, el que coja la pajita más corta será el que entre de guardia en primer lugar, el siguiente será el que le siga en edad.

El capitán, molesto por la actitud del hidalgo occitano, había resuelto colocarle fraudulentamente una de las guardias de aquella noche, por si la suerte favorecía que el polémico y poco solidario caballero acabase saliéndose con la suya. Aunque la trampa significase su propio sacrificio, aquella sería una reconfortante venganza. Además, un tanto paternalista, consideraba que los jóvenes estaban demasiado cansados y era probable que se quedasen dormidos. Por eso mismo prefirió montar cuatro turnos de dos horas en lugar de los tres velas habituales.

Había ido preparando mientras hablaba, sin que nadie se percatase de ello, el truco necesario para asignar el primer turno a la persona que él estimó oportuno. Y el elegido fue el monje templario, pues así, teniendo en cuenta la prelación por edad, el siguiente sería él mismo, y el turno más molesto, el tercero, se quedaría para el irritante Bernard. El cuarto lo haría el viejo Charles. Estaba claro que la edad del occitano tenía que estar entre la del anciano, con más de sesenta, y la suya propia que no llegaba a los cuarenta.

Cuando ofreció el puño al templario, éste sospecho algo raro mientras tiraba del extremo de la pajita que había escogido. Se detuvo un momento y levanto los ojos para mirar a Ferdinand, después la extrajo por completo. Todo el mundo pudo observar que, por el tamaño de la brizna, la primera guardia correspondía a fray Adrien de Quercy. Éste puso cara de circunstancias arqueando las cejas, pero sin el menor gesto de disconformidad, a pesar de que ciertamente el monje llevaba sin dormir treinta y seis horas.

- Bien, no hay que seguir sorteando, haréis el primer turno fray Adrien. Yo soy el siguiente en edad, así que haré el segundo- se volvió el Mariscal hacia Bernard- Lo siento caballero, creo que por vuestra edad os debe corresponder el tercero, pues, si no me equivoco, sois mayor que yo y más joven que Charles, ¿no es así?- mientras decía esto, su mano estrujaba con disimulo las pruebas de la artimaña.

El hermanastro del hereje, se levantó bastante enojado y arrojó con ira el vino contenido en su cubilete contra el fuego, que respondió chisporroteando al tiempo que evaporaba el líquido en forma de nubecilla. Después, observando al capitán con gesto de desprecio, se limitó a decir:

- ¡Jodeos vos también!- y dio media vuelta dirigiéndose hacia el otro extremo del calvero.

Para ese momento ya habían terminado todos de cenar y como estaban deseando tumbarse a dormir, guardaron sus escudillas, jarros y cubiertos, y marcharon a recoger de manos de Ibeloki el equipo para vivaquear, que procedía a repartir en ese momento: Una esterilla como aislante para la humedad del suelo, un ligero jergón relleno de paja y un cobertor de piel de cordero o de conejo, para protegerse del relente del amanecer. La temperatura agradable y lo despejado de la noche, les permitió prescindir de los toldos.

Anticipándose a uno de los mayores problemas que suponía dormir al raso en medio del bosque, muchos acudieron en busca de remedio al señor François para que les proporcionara el apestoso unguento contra los mosquitos. Otros preferían sufrir las picaduras o dormir con la cara cubierta, antes que soportar el asqueroso mejunje.

Con excepción del templario, que se quedó junto a una de las hogueras dispuesto a cumplir el primer turno de vigilancia y procedía a encender el cirio de las horas, el resto de la gente se distribuyó por toda la extensión del calvero que quedaba a un lado del camino, al otro estaban los caballos, mulos y cargas. Buscaron sitios cómodos donde acostarse, pero no de forma aislada, sino uniéndose a compañeros con los que constituir grupos especialmente afines.

Así Bernard de Fanjeaux, el hermanastro del Conde fugitivo, se arrojó a Ferdinand de Artenay, al viejo caballero Charles de Dreux y a Pierrot. El sargento mercenario, Richart, se acercó al grupo de los escuderos formado por Phelipot, Aubert y Rimont, que de no muy buena gana aceptaron su antipática presencia. El cocinero Geubert, el palafrenero Lorent y el paje Ibeloki, se reunieron en otro corro. François, el médico, se fue un poco más lejos para estar solo,

pero no pudo impedir que el padre Johannes se tumbase junto a él. Marie y su dama de compañía, la señora Madelaine, buscaron intimidad en un borde de la explanada junto a la linde del bosque. Por último, Paul y su escudero Jacques, desaparecieron de las vistas de todos, adentrándose un tanto en la espesura.

Richart, a quien no pasó desapercibido el extraño comportamiento de los dos jóvenes, preguntó a sus forzados compañeros de lecho:

- ¿Dónde van esos dos?

Ante el silencio de los escuderos, el sargento insistió:

- ¿Qué pasa coño, hablo otro idioma?

- Pues irán a mariconear un poco. ¡¿Qué va a ser?!- contestó Phelipot con el mismo tono agrio empleado por el mercenario, pero matizado por un sostenido bostezo que acompaña a la respuesta.

- ¡No jodas! ¡El Jacques-“Torpón” ese y el “Principito”, están liados?- ya estaba Richart al corriente de los diversos apodos- ¡Ver para creer! ¡Pero qué gentuza! ¡Y luego van de nobles! ... ¡Que les den...!

- ¡Pues eso quieren ellos! ¿Y tú qué?... ¿También quieres que te den?

- Je ¡No creo que exista la polla que se atreva!

- Morirás con una en el culo por fantasma- intercaló un nuevo bostezo- Suele pasar.

- ¡Serás hijo de puta “Botijo”!... ¿O era “Gordo”?

- Mira mequetrefe, queremos dormir, así que... te callas de una puta vez... o te meto mis calzas sudadas en la boca- replicó somnoliento el obeso escudero.

- No hay cojones- musitó Richart, que también empezaba a estar vencido por el sueño, y no obtuvo respuesta de ninguno de sus amodorrados compañeros que poco caso le podían hacer ya.

Al momento caía él también fulminado por el cansancio.

En otro punto de la explanada, Madelaine se dejaba caer pesadamente bocabajo sobre el jergón, presa de los terribles dolores que la mortificaban. En otra postura no podía aguantar el tormento de sus inflamadas “almorranas”. Tantas horas a caballo la habían perjudicado seriamente.

Marie, conmovida por los padecimientos de su guardiana, convenció a ésta para que se dejase examinar. Tras encender una de las linternas con que iluminarse, la muchacha pudo apreciar una situación nada tranquilizadora, así que acudió en busca del médico, a pesar de las negativas de Madelaine a dejarse observar aquel íntimo lugar por ojos de un varón. Llegado el señor François, fue necesaria la mediación del capellán con su autoridad moral y del Mariscal Ferdinand, como jefe y responsable de todos los componentes del grupo, para conseguir doblegar a la terca mujer y que consintiera en el examen del facultativo y, por supuesto, sólo por éste y en compañía de Marie, que sería la encargada de cualquier manipulación que fuere necesaria.

François proporcionó a Madelaine una pasta a la que se le suponía propiedades antiinflamatorias, y después acudió a dar su opinión a Ferdinand y al padre Johannes, que le esperaban junto al fuego en compañía del monje templario, los demás expedicionarios dormían ya a pierna suelta, ajenos al problema de la viuda.

- ¿Cómo lo veis?- interrogó el capitán al físico según llegaba a su altura.

- ¡Muy delicado!- respondió en voz queda- presenta unas varices muy colapsadas. En mi opinión esta mujer no ésta para montar más a caballo, de entrada debería guardar reposo, y, no tardando, regresar al campamento.

Guardaron un momento de silencio durante el cual a Ferdinand se le pasó por la cabeza que el médico estuviera exagerando el cuadro con vistas a su propio beneficio. Sabía perfectamente lo que le contrariaba el participar en aquella misión y aquello podía ser una forma de sabotearla.

- Llamémoslo unas estupendas “almorranas”, ¿no? ¡Vamos señor François, no puede ser tan grave! Todos alguna vez las hemos padecido y ellas no nos han impedido seguir adelante.

Ambos hombres se miraron fijamente a los ojos. El capitán, tratando de tantear en la expresión del médico si estaba dictaminando con franqueza, éste intentando fulminar con la mirada a aquel “ignorante” que osaba poner en duda su docta opinión. Adrien rompió el hielo:

- En todo caso tiene toda la noche por delante, quizá el descanso y sobre todo las oraciones con que, nosotros tanto como ella, solicitaremos la ayuda del Altísimo, la procuren una importante mejoría.

- ¡Sí!, es posible que la pomada que le he proporcionado- el médico remarcó con soberbia lo que tocaba a su intervención- más el descanso, hagan algo,... ¡pero insisto en que todo lo que pueda mejorar esta noche, lo echará a perder en cuanto ponga su culo en la silla de montar!

Dicho esto, François dio media vuelta y se dirigió al lugar que había elegido para dormir, sin ni siquiera despedirse de sus interlocutores. Al instante, y tras desear las buenas noches a los dos guerreros, el capellán se marchó en pos del médico.

Ferdinand escrutó entonces el rostro del templario tratando de adivinar si pensaba como él sobre el crédito que se podía dar al diagnóstico de François, pero no pudo apreciar en su gesto ningún signo de duda, Adrien miraba al fuego y no prestaba ya atención al Mariscal.

Éste también dirigió unos momentos su vista hacia la hoguera, las llamas chisporroteaban con fuerza y la leña crepitaba y silbaba al retorcerse, cuando levantó sus ojos para observar de nuevo al monje, comprobó que éste de nuevo se hallaba ensimismado, con los ojos semi cerrados y sus labios susurrando la interminable serie de “Padrenuestros” con que la Regla Latina le obligaba a suplir la ausencia de los oficios religiosos cuando se encontraba alejado de su preceptura. El capitán se preguntó si en esas condiciones de abstracción serviría de algo la guardia del monje.

Poco después, provisto de una linterna, Ferdinand se fue a dar un paseo por el asentamiento. Todos los hombres que encontró a su paso, y las dos mujeres, dormían ya profundamente, incluso el médico y el sacerdote. Le seguía “Polisson”, ávido de aventuras nocturnas. Miró al cielo, lo que podía ver de la bóveda sin el estorbo de las inmensas y tupidas copas de los árboles, a pesar de la presencia de la luna creciente, aparecía cuajado de estrellas. De no ser por lo intrincado del bosque que le rodeaba, la noche habría sido suficientemente clara como para permitirle recorrer el calvero y sus aledaños sin necesidad de portar luz alguna.

Quiso aprovechar la tranquilidad del momento para satisfacer cómodamente su necesidad de evacuar el vientre, demorada toda la jornada. Para ello se adentró un poco en la espesura precedido por el pegajoso perrillo de Marie. Una vez elegido el lugar, se desembarazó de las prendas que le estorbaban y se puso en cuclillas, viéndose obligado a pegar un buen empujón al chucho para que le dejase en paz. Mientras, no sin esfuerzo, conseguía defecar, la mente del caballero repasaba los acontecimientos recientes que más le preocupaban: sus enfrentamientos con el médico y con el sargento, la extraña composición del grupo de fugitivos, el imprevisto padecimiento de Madelaine... Su conciencia saltaba alternativamente de sus pensamientos a las percepciones sonoras de todo tipo que llegaban hasta él.

El silencio de la noche era un continuo rumor que se iba adueñando del espacio. El ruido de fondo era el veraniego cantar de cientos de grillos y, a veces, el rumor del ramaje al ser sacudido por breves rachas de viento. El ulular de algún ave rapaz nocturna y el grito de su presa al ser capturada. El severo ronquido de varios de sus hombres. Algunos ladridos de “Polisson” cuando sentía a un animal de buen tamaño merodeando cerca y su consiguiente lloriqueo al verse presa del temor que le impedía adentrarse más en la espesura para ir en su busca. Y los caballos inquietos que, a pesar del cansancio, rebufaban de vez en cuando o escarbaban el suelo con sus cascos arrancando sonidos metálicos de sus herraduras al chocar levemente con alguna piedra.

Otra ráfaga de aire removió las hojas de los árboles. Otra vez los caballos... ”Pero... ¡un momento!, los equinos están atados al otro lado de la calzada, y la brisa que trae hasta mí el sonido, sopla en dirección contraria”.

El corazón del guerrero comenzó a latir con fuerza, extinguió el pabilo de su linterna y agudizó el oído dejando incluso de respirar para no tener la mínima interferencia. Volvió a oírlo otra vez. “No hay duda: ¡están ahí!” Salió corriendo en busca del templario. Al llegar junto a la hoguera, se puso a sofocarla frenéticamente echando tierra encima y esparciendo la leña con la ayuda de un palo. Adrien no salía de su asombro:

-¿Qué ocurre Ferdinand?

-¡Ayudadme a apagarla y guardad silencio!- le contestó en voz baja.

Terminaron de extinguirla con el agua de la calabaza del monje, y apagaron a continuación el cirio de las horas, después se abalanzaron sobre la otra fogata para proceder de igual manera. Para cuando habían terminado, el Mariscal ya se había dado cuenta de que aquella precipitada acción podía alertar a la gente que hipotéticamente les acechaba, de que estaban al corriente de su presencia, pero al menos evitaban ser ballesteados a traición.

Acto seguido, salieron ambos volando en dirección a donde el capitán acababa de escuchar el sospechoso rumor, haciendo el último tramo en casi completa oscuridad. Al llegar, Ferdinand indicó a Adrien que guardase silencio y escuchara. Pasaron unos momentos en que nada ajeno a la noche se percibía, pero por fin llegó hasta ellos el inconfundible resoplido de un caballo y luego un pequeño golpe de herradura. El caballero apoyó la mano sobre el hombro del templario, y éste asintió dando a entender que él también lo había advertido.

- ¿A qué distancia los situáis? -preguntó Ferdinand acercándose al oído de Adrien.

- Es difícil calcularlo- susurró el templario- la noche parece como que amplifica el sonido, pero la vegetación lo amortigua. Lo mismo pueden ser cien pasos que un cuarto de milla.

- Puede que estén lejos, sí, la brisa sopla hacia nosotros y nos lo acerca.

- En todo caso, y suponiendo que sean ellos, tienen por fuerza que haberse enterado de que estamos aquí, hemos hecho todo el ruido del mundo- continuó Adrien en un siseo apenas perceptible- y además nuestras fogatas...

- ¿Ruido decís?, más que si fuésemos un circo ambulante. Pero, aunque hayan contemplado el resplandor de nuestras hogueras, no creo que nos hayan podido ver directamente, el bosque es espesísimo. Y si no saben que venimos tras ellos, pueden ser cualesquiera los acampados a su espalda.

- Basta que escuchasen algo de nuestras conversaciones...

- ¿Qué hacer fray Adrien? Intentar cogerlos ahora es casi imposible. La noche es clara, pero dentro de la espesura la oscuridad es absoluta. Si intentamos acercarnos así, corremos el peligro de perdernos o de caer en cualquier celada, si nos aproximamos con las linternas y teas que nos iluminen, nos verán llegar con seguridad...

- ¡Olvidadlo!, es una temeridad intentar nada de noche,... y hasta una falta de consideración hacia el enemigo.

- ¡No se me ocurriría en otras circunstancias!, pero... se trata de herejes... ya sabéis: Satán y todas esas cosas... - terminó diciendo irónicamente.

Trataba el Mariscal de convencer al templario de su honestidad, cuando su especialidad como estrategia eran las argucias de todo tipo. Y es que personalmente le parecía una hipocresía el cortar sin ningún miramiento el cuello del enemigo a la luz del día y sin embargo darle reposo por la noche.

- Seguíis dando por sentado que sean los fugitivos- dijo el monje sin darle importancia esta vez al tonillo irreverente empleado por su interlocutor- y es lo más probable, pero aún cabe la duda. Creo que lo prudente es esperar a que llegue el alba. Está claro que ellos no nos van a atacar, tienen el mismo problema con la luz que nosotros y encima ignorarán nuestro número, vos habéis dicho con razón que por el ruido que metemos pasaríamos por una mesnada.

- Vuestras reflexiones son correctas fray Adrien, tendremos que esperar a que se haga de día, pero al amanecer deberemos estar dispuestos para salir y combatir.

- Sí, será necesario que la gente se levante antes y que se equipe en la oscuridad. ¿Serán capaces de hacerlo y además en silencio?

- Mucho me temo que no, pero dentro de unas horas lo sabremos- respondió el capitán.

- ¡No temáis!, Dios está con nosotros y nos conducirá al éxito de una forma o de otra. Ferdinand se abstuvo de comentar al monje la “gracia” que como respuesta se le acababa de ocurrir.

- ¡Volvamos al campamento fray Adrien!

\* \* \*